





“LA FANTÁSTICA CIUDAD DE HOJAS VERDES”. CONCURSO LEER Y ESCRIBIR.

Décima novena edición, Bogotá D.C., abril de 2025.

© Secretaría de Educación del Distrito, 2025.

© Isabel Segovia Ospina. Secretaria de Educación.

© Harold Enrique Parra Sierra. Docente de Español y Literatura. Colegio El Paraíso de Manuela Beltrán (IED).

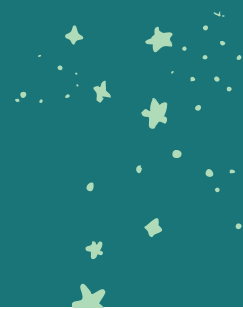
© Thyago Medina Arias, Samuel Damián Ortiz Bernal, Aukan Villegas Benavidez, Álvaro Alejandro Penagos Salgado, Ana María Morera, María José Hernández González, Gabriela Jiménez Beltrán, Luciana Antonella Duarte Gordillo, Johan Alejandro Suárez Montealegre, Emily Lucía Bonilla Patiño, Katy Ramos Acevedo, Jenny Alexandra Cubillos Ocampo, Luis Ángel Urrego Boada, Lina Victoria Preciado Aldana, Juan Sebastián Cruz Galeano, Alisson Daniela Parra Quina, Ana María Giraldo Poloche, Naiamelanie Jiret Vargas, Luis H. Espinel Mahecha y Orlando Marín Herrera.

© Por las ilustraciones, 2025, Oficina Asesora de Comunicación y Prensa.

Nota. Los textos y las ilustraciones que hacen parte de esta publicación conservan la originalidad y el estilo desarrollado por los autores.

Todos los derechos reservados

ISSN: 2389-8593



Carlos Fernando Galán Pachón
Alcalde Mayor de Bogotá

**Secretaría de Educación del
Distrito**

Isabel Segovia Ospina
Secretaria de Educación del Distrito

Julia María Rubiano de la Cruz
Subsecretaria de Calidad y
Pertinencia

Cristian Leonardo Franco Díaz
Director de Educación Preescolar y
Básica

Equipo técnico SED
Línea Oralidad, Lectura y Escritura
de la Dirección de Educación
Preescolar y Básica

Equipo
Oficina Asesora de Comunicación y
Prensa

Laura Juliana Isaacs Marroquín
Diseño y diagramación

Leer, escribir, dialogar y escuchar son actos de la vida cotidiana, que permiten que nos expresemos, comuniquemos y encontremos para habitar el mundo. Así expresamos nuestros más sinceros agradecimientos a los niños, niñas, jóvenes y docentes escritores de los colegios oficiales y privados de Bogotá que participaron en este concurso con sus textos de ilustración, cuento, poesía, reseña, crónica y ensayo. A las maestras y a los maestros que acompañaron el proceso escritural de los estudiantes, a los padres de familia, a los promotores locales, a los talleristas de las diferentes tipologías, a los jurados, al Concejo de Bogotá y a todos aquellos que de manera directa o indirecta colaboraron en el desarrollo de la decimonovena versión del Concurso Leer y Escribir 2024-2025 “Orden al Mérito Literario Don Quijote de la Mancha”.



CONTENIDO



Presentación.....	6
Isabel Segovia Ospina.	
Introducción.	8
Harold Enrique Parra Sierra	
Ilustración y primeras grafías	10
Categoría 1	
El súper cuidador verde.....	11
Ciudad arcoíris.....	13
Categoría 2	
Mamá Tierra.....	15
La Estancia.....	17
Cuento.....	19
Categoría 1	
La fantástica ciudad de hojas verdes.....	20
Un día ayudando a la Tierra.....	23
Categoría 2	
El susurro de los cerros.....	26
Sueños ajenos, suelos iguales.....	31
Poesía.....	35
Categoría 1	
En el corazón de un valle escondido.....	36
Ecos del páramo.....	38
Categoría 2	
Conexión rota.....	40
Historias y ríos.....	43



Reseña	45
El Lórax.....	46
Earth Song – Michael Jackson.....	49
Crónica	53
El agua y la ciudad.....	54
Neverita en torrentes.....	60
Ensayo	65
La ciudad que susurra entre las hojas verdes.....	66
San Cristóbal Sur: transformando desafíos ambientales en oportunidades	71
Cuento	76
Categoría Úrsula Iguarán. Docentes escritores	
Los malos pasos.....	77
El árbol.....	83
Acta de ganadores	88





PRESENTACIÓN

Desde la riqueza narrativa que se encuentra en cada colegio de Bogotá, surge este libro del Concurso Leer y Escribir 2024 que la Secretaría de Educación del Distrito presenta. Es una publicación que busca divulgar y promover las creaciones literarias ganadoras de su décima novena versión, titulada La fantástica ciudad de hojas verdes. En estas páginas se despliega una Bogotá descrita por la mirada profunda y la imaginación libre de sus niñas, niños, jóvenes y docentes autores. Ilustraciones, primeras grafías, cuentos, poesías, reseñas, crónicas y ensayos dan forma a esta colección de voces diversas, en la que cada texto narra, reinventa y aporta una mirada única sobre Bogotá.

A lo largo de casi dos décadas, este concurso se ha consolidado como un espacio de encuentro con la palabra, fortaleciendo la oralidad, la lectura y la escritura en el Distrito Capital. Enmarcado en el Plan Distrital de Desarrollo “Bogotá Camina Segura” 2024-2027 y la estrategia de calidad educativa Aprendizajes de calidad, el Concurso Leer y Escribir reafirma su compromiso con el desarrollo de las habilidades comunicativas de la ciudad. La versión 2024 invitó a sus participantes a reflexionar sobre la relación entre el ser humano y su entorno natural, y a tejer relatos que retrataran la diversidad ambiental de la ciudad y promovieran la conciencia ecológica.

Para esta edición contamos con la participación de 17.075 estudiantes en el componente pedagógico, de los cuales 1.007 presentaron sus ilustraciones, primeras grafías y escritos al concurso en las diferentes tipologías. De igual manera, se tuvo la participación de 570 docentes en los talleres para el desarrollo





de una escritura novedosa y creativa, de los cuales 69 enviaron sus escritos en la categoría de cuento.

Esta versión del concurso superó ampliamente la participación de años anteriores: en 2022 se postularon 744 estudiantes y 12 docentes escritores, mientras que en 2023 participaron 191 estudiantes y 60 docentes. La cifra actual refleja el creciente interés de estudiantes y docentes por narrar vivencias e imaginar otros mundos posibles, y evidencia también el esfuerzo sostenido de la Secretaría de Educación del Distrito por fortalecer las habilidades comunicativas y hacer de la escritura una herramienta tanto de aprendizaje y desarrollo personal como de construcción de ciudad.

Cada una de las páginas de este libro nos sumerge en universos literarios vibrantes, donde la ciudad se transforma y la naturaleza cobra voz. El libro es un testimonio del poder de la lectura, la escritura y la imaginación.

La Secretaría de Educación del Distrito invita a toda la ciudadanía a seguir fortaleciendo las habilidades comunicativas, a leer juntos, a escribir, y a compartir historias. Que este libro sea una puerta abierta al asombro y un llamado a seguir construyendo ciudad desde las palabras y desde el profundo valor de imaginar en comunidad.

ISABEL SEGÓVIA OSPINA

Secretaria de Educación del Distrito





"LA FANTÁSTICA CIUDAD DE HOJAS VERDES" UNA OPORTUNIDAD PARA CONSTRUIR MEMORIA GRÁFICA Y ESCRITA DE LA CIUDAD

"La escritura es nuestra mayor victoria contra el olvido y la destrucción. Gracias a la escritura concebimos salvar del olvido y de la destrucción nuestras mejores ideas, recuerdos, historias y nuestro pasado, para que cada generación no tuviera que empezar de nuevo"

IRENE VALLEJO

Bogotá despierta, acelerada, insomne. Bogotá fría, empática, dulce, misteriosa, emblemática, siempre abierta a los foráneos. Bogotá, colmada de historias en cada barrio, en cada calle, en cada esquina, en los humedales, en los parques, en los cerros, en el centro y en la periferia. Bogotá, la ciudad que pide a gritos ser contada. Bogotá, de todos.

Un año más, el Concurso **Leer y Escribir** nos invita a narrar la ciudad. En esta ocasión, propone como tema *La fantástica ciudad de hojas verdes*. A partir de esta premisa, los estudiantes y docentes que aceptaron el reto de contar la ciudad, a través de diversas modalidades (ilustración, cuento, poesía, reseña, crónica y ensayo), presentan en esta edición su imaginario sobre el lugar que habitan.

El concurso se ha convertido en una oportunidad para reconocer nuestra ciudad, para mirarla con una nueva perspectiva, olerla, saborearla, escucharla y, sobre todo, narrarla desde nuestra propia mirada.

La escritura, como señala Irene Vallejo, *"es nuestra mayor victoria contra el olvido"*. Este ejercicio nos permite recorrer, a





través de ilustraciones y palabras, cómo nuestras niñas y niños perciben su barrio, la manera en que se relacionan con él y cómo lo sueñan, lo inventan y lo recrean.

La XIX edición del Concurso **Leer y Escribir: La fantástica ciudad de hojas verdes** abre sus páginas para reflexionar sobre los humedales que, como una serpiente líquida, se deslizan por Bogotá, tramo a tramo, donde tinguas y otras especies encuentran su refugio. Nos invita a escuchar el concierto de los copetones, las mirlas y el sirirí, y a maravillarnos con el vuelo de los gallinazos y las palomas.

Nos permite dirigir la mirada hacia los cerros orientales y todas las especies que los habitan en silencio. Descubrir las, jugar con ellas, convertirnos en un marsupial, un árbol centenario, una rana o una orquídea.

También nos invita a cuestionarnos sobre la relación entre el gris y el verde que caracteriza nuestra ciudad, a reflexionar sobre sus problemas fundamentales y a proponer soluciones. Nos concede la oportunidad de ser parte de la historia escrita y visual de Bogotá.

Una vez más, celebro esta iniciativa e invito a todos los lectores a recorrer la ciudad a través de la pluma de los ganadores de esta convocatoria.

HAROLD ENRIQUE PARRA SIERRA

Docente de Español y Literatura
Colegio El Paraíso de Manuela Beltrán (IED)





ILUSTRACIÓN Y PRIMERAS GRAFÍAS



ILUSTRACIÓN Y PRIMERAS GRAFÍAS
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA 1

EL SÚPER CUIDADOR VERDE



THYAGO MEDINA ARIAS

Grado. **Transición**

Docente acompañante. **Diana Rosalba Morales Pulido**
Institución. **Colegio Tomás Cipriano de Mosquera (IED)**

Localidad. **Engativá**



Thyago nació en Bogotá el 31 de agosto de 2018, tiene 6 años e ingreso al grado jardín en 2023. A su corta edad se ha destacado en la elaboración de dibujos con perspectiva, mostrando talento y creatividad, cualidades que son incentivadas en el colegio y con el apoyo de su familia. Thyago cuenta historias a través de sus hermosos diseños, se dedica a realizarlos y disfruta mientras los dibuja.

EL SÚPER CUIDADOR VERDE





ILUSTRACIÓN Y PRIMERAS GRAFÍAS
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA 1

CIUDAD ARCOÍRIS



SAMUEL DAMIÁN ORTIZ BERNAL

Grado. **Transición**
Docente acompañante. **Diana Milena Neva Cepeda**
Institución. **Colegio Morisco (IED)**
Localidad. **Engativá**



Samuel Damián Ortiz Bernal nació el 15 de noviembre de 2018, tiene 6 años y es muy creativo. Hijo único de Natalia Bernal y Sebastián Ortiz. Entre sus pasatiempos preferidos están pintar, jugar, correr y sobre todo poder conocer el mundo. Además, le gusta conocer nuevas personas y siempre está dispuesto a aprender.

CIUDAD ARCOÍRIS



ILUSTRACIÓN Y PRIMERAS GRAFÍAS
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA 2

MAMÁ TIERRA



AUKAN VILLEGAS BENAVIDEZ

Grado. **Primero**
Docente acompañante. **Blanca Lilia Medina**
Colegio **Castilla (IED)**
Localidad. **Kennedy**

Aukan Villegas Benavidez nació en 2017, tiene 7 años y comparte las costumbres del Pueblo Muisca, por esto usa su cabellera larga y abundante que representa la fuerza y los bosques. Su nombre en lengua es Mapuche, que simboliza al "guerrero". Interpreta instrumentos musicales, como: el tambor y la batería. Sus actividades favoritas son

dibujar, modelar plastilina, jugar futbol y cantar junto a su madre canciones inéditas de amor por la naturaleza y los animales. Desde muy pequeño le encanta leer cuentos e imaginar historias.

MAMÁ TIERRA





ILUSTRACIÓN Y PRIMERAS GRAFÍAS
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA 2

LA ESTANCIA



ÁLVARO ALEJANDRO PENAGOS SALGADO

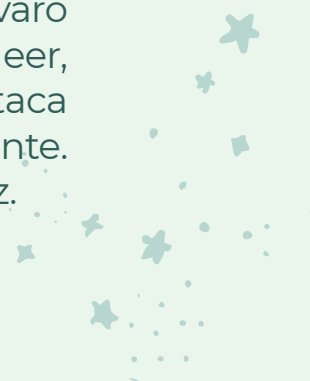
Grado. **Primero**

Docente acompañante. **Martha Lucía Bermúdez**

Institución. **Colegio El Ensueño (IED)**

Localidad. **Ciudad Bolívar**

Álvaro Alejandro Penagos Salgado nació el 24 de julio de 2017 en Bogotá, es el segundo hijo de Álvaro Penagos y Diana Salgado. Le gusta jugar fútbol, leer, montar en bicicleta, comer pasta y pollo. Se destaca por ser responsable, alegre, cariñoso e inteligente. Desea aprender, explorar el mundo y ser muy feliz.



LA ESTANCIA





CUENT^o
PRIMER PUEST^o
CATEGORÍA 1

LA FANTÁSTICA CIUDAD DE HOJAS VERDES



ANA MARÍA MORERA CUERVO

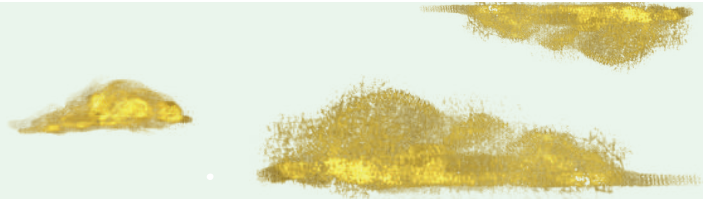
Grado. **Quinto**

Docente acompañante. **Jully Hernández**

Institución. **Colegio La Chucua (IED)**

Localidad. **Kennedy**

Ana María Morera Cuervo nació el 24 de diciembre de 2013, tiene 11 años y una gran sonrisa. Hija de Pilar Cuervo y Michael Morera, es considerada como una estudiante entusiasta. Le encanta bailar y se mueve al ritmo de todo tipo de melodías. Su amor por los animales es inmenso, con su energía contagiosa y su corazón bondadoso ¡siempre está dispuesta a ayudar a cualquier criatura necesitada! Cuando sea grande quiere enseñar y ser una gran maestra.



LA FANTÁSTICA CIUDAD DE HOJAS VERDES

Había una vez, en un rincón del mundo donde los árboles eran tan altos que tocaban el cielo y las flores brillaban como estrellas, donde habitaba una niña llamada Rosita. Ella vivía en un pequeño pueblo, pero soñaba con aventuras más allá de su casa. Un día, mientras paseaba, encontró un sendero cubierto de hojas verdes que nunca había visto antes. Sin pensarlo dos veces, decidió seguirlo.

Mientras caminaba, las hojas parecían decir pequeños secretos. Rosita sintió algo especial en su cuerpo. De repente, el camino la llevó a una puerta hecha de hojas que brillaban, la puerta se abrió y Rosita entró en la Fantástica Ciudad de Hojas Verdes.

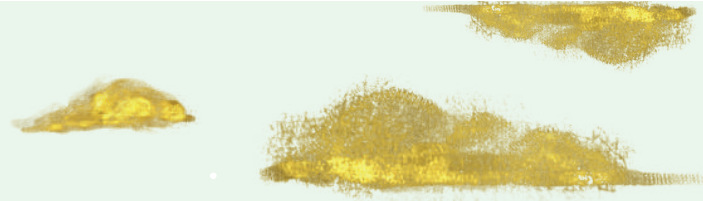
La ciudad era un lugar mágico donde todo estaba hecho de materiales reciclados, casas de botellas de vidrio, caminos de papel reciclado y árboles que crecían en macetas hechas de latas. Los habitantes de la ciudad eran criaturas mágicas llamadas Ecohaditas, que cuidaban del medio ambiente y enseñaban a todos sobre la importancia del reciclaje.

Rosita se encontró con una Ecohadita llamada Verde, quien le explicó que la ciudad había sido creada por la magia del reciclaje. Cada vez que alguien recicla, se añade un poco más de magia a nuestra ciudad dijo sonriendo.

Verde llevó a Rosita a conocer a las demás Ecohaditas, quienes estaban preocupadas porque algunos niños del pueblo cercano no estaban reciclando como era. Si no hacemos algo pronto, nuestra magia podría desvanecerse, dijo uno de ellos.

Rosita decidió ayudar. Junto a las Ecohaditas, idearon un plan para enseñar a los niños sobre el reciclaje. Organizaron un gran





festival en el pueblo donde habría juegos, música y actividades divertidas centradas en el reciclaje.

El día del festival llegó y los niños estaban emocionados. Había estaciones donde podían aprender a separar residuos, hacer manualidades con materiales reciclados y participar en juegos que les enseñaban sobre la importancia de cuidar el planeta.

Rosita se convirtió en la estrella del festival al contar historias sobre su aventura en la Ciudad de Hojas Verdes y cómo las Ecohaditas mantenían viva su magia gracias al reciclaje. Los niños escuchaban atentamente y comenzaron a entender lo valioso que era cuidar el medio ambiente.

Al final del día, todos prometieron reciclar y cuidar su ciudad. Las Ecohaditas estaban felices y agradecidas. "Gracias a ti, Rosita", dijo Verde. "Has traído nueva vida a nuestra magia".

De repente, las hojas verdes comenzaron a brillar más intensamente y la ciudad se llenó de colores vibrantes. Rosita se dio cuenta de que su esfuerzo había hecho una gran diferencia.

Cuando llegó la hora de regresar a casa, Verde le dio a Rosita una pequeña hoja mágica como recuerdo. "Siempre que necesites recordar la importancia del reciclaje, mira esta hoja", le dijo Verde.

Rosita volvió a donde vivía con una nueva misión, inspirar a todos a cuidar el planeta. Desde entonces, cada vez que miraba la hoja mágica en su habitación, recordaba su aventura en la Fantástica Ciudad de Hojas Verdes y cómo algo tan pequeño puede cambiar el mundo.

Y así, Rosita se convirtió en una defensora del medio ambiente, llevando consigo la magia del reciclaje y enseñando a otros cómo cuidar su hogar.





CUENT^o
SEGUND^o PUEST^o
CATEGORÍA 1

UN DÍA AYUDAND^o A LA TIERRA



MARÍA JOSÉ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Grado. **Cuarto**

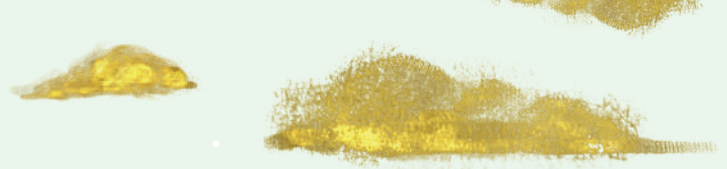
Docente acompañante. **Dora Ligia Valero Valero**

Institución. **Colegio Rural Pasquilla (IED)**

Localidad. **Ciudad Bolívar**

María José Hernández González nació el 16 de abril de 2015 en Bogotá, tiene 9 años, es hija de Yenny y Javier y hermana menor de Emily. Antes de cumplir un año, hablaba ¡claro y parejo! y dio sus primeros pasos. En Jardín, conoció a su amiga Ámbar y con ella vivió muchas experiencias. En 2020 ingresó a la escuela de patinaje y al Colegio Rural Pasquilla, “lugar donde se aprende sabroso y con amor”, recibe lecciones valiosas de maestras increíbles, juega y aprende que el planeta se debe cuidar. Ha conocido lugares preciosos de su país y vivido en el más hermoso de la Bogotá rural: Mochuelito, donde no todo es color rosa, pero si verde esperanza.





UN DÍA AYUDANDO A LA TIERRA

En un lugar muy lejano vivía un chico llamado Leopoldo, a quien le gustaban mucho los camiones. Tenía uno que había recogido de un depósito de chatarra, y lo había arreglado muy bien. Cuando lo puso a funcionar por primera vez, se dio cuenta de que era mágico: tenía un botón luminoso y, al oprimirlo, el camión se convertía en un robot gigante que recibía únicamente sus órdenes; el robot hacía lo que él le pidiera. Pero como a Leopoldo le gustaban los camiones, quiso siempre dejarlo como camión y evitaba oprimir el botón luminoso.

Leopoldo y su camión solían visitar lugares exóticos, pero, eso sí, nunca se les olvidaba invitar a su amigo El Compae. A este último siempre lo acompañaba su caballo, llamado Pive, quien siempre llevaba su ruana y sus botas. El lugar preferido de estos tres amigos era la montaña el Alto del Gallo, aunque era peligrosa porque cerca vivía la gigante Doña Juana, una anciana malvada y asquerosa a quien le gustaba mucho la basura, obviamente vivía en unas montañas de basura.

La gente le tenía mucho miedo a Doña Juana porque era grande, fea y olía muy desagradable. Entonces por las cercanías del Alto del Gallo nadie se aparecía, lo cual era muy triste porque, a excepción de las montañas de basura donde vivía la Juana, las otras montañas eran muy bonitas.

Uno de esos días chéveres a El Compae se le ocurrió emprender una aventura en el Alto del Gallo. Corrió y le dijo a Leo que fueran allí, pero antes que todo fueron a la cocina y sirvieron en un termo mucha aguapanela. Luego se subieron a su camión y a su caballo y arrancaron al viaje. Cuando iban llegando, empezaron a ver el camino cubierto por muchos empaques y olía muy mal, cada vez que avanzaban encontraban más y más empaques y el olor era más hediondo.



Cuando llegaron al Alto del Gallo se bajaron, Leopoldo de su camión y El Compae de Pive; el intenso olor los hizo voltear a mirar y se dieron cuenta de que estaban llegando al camino de la gigante Doña Juana. Tan rápido como pudieron se entraron al camión, Leo oprimió el botón, el camión se convirtió en un robot y le gritaron a Pive que se montara en él.

Doña Juana empezó a tirar basura y empaques por todo lado para sepultarlos, pero Leo y El Compae, que estaban dentro del robot, le ordenaron que separara toda esa basura que les estaba lanzando la Juana... Entonces el robot empezó a recuperar de la basura muchas cosas que eran útiles y las iba limpiando; así lograba reducir la gran cantidad de basura que la anciana Juana lanzaba. De esta manera estaban venciendo a Doña Juana y su propósito de sepultarlos con basura.

Pero cuando ya iban a terminar la batalla se le acabó el combustible al robot-camión. Leo pensó: si el aguapanela me da energía, entonces al camión puede que también... El Compae, muy de prisa, cogió el termo con aguapanela y se la echó al robot, que volvió a trabajar con mucha energía y logró recoger y separar toda la basura que Doña Juana les había tirado.

Al sentirse derrotada, Doña Juana no quiso abandonar su basura, de modo que hizo un trato con Leopoldo y sus amigos: desde ese día, todos ellos trabajarían en equipo, Doña Juana recogería toda la basura que la gente de aquella región produce y El Compae, Pive y Leopoldo recuperarían con su camión-robot todos los materiales que se pueden reutilizar.

Desde entonces Leopoldo ya no tiene un camión; tiene a Recicleitor, que funciona con aguapanela en vez de gasolina y recupera gran parte de la basura que Doña Juana recoge. Así ella mejoró su vivienda, ya no huele tan mal, la gente ya no le tiene miedo y todos van muy tranquilos al Alto del Gallo a disfrutar de las montañas.





CUENT^o
PRIMER PUEST^o
CATEGORÍA 2

EL SUSURRO DE LOS CERROS



GABRIELA JIMÉNEZ BELTRÁN

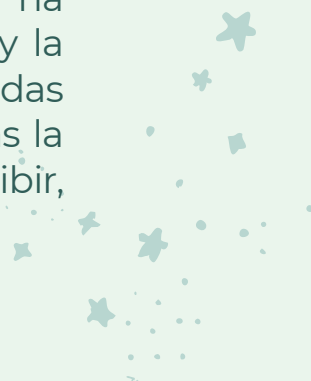
Grado. **Octavo**

Docente acompañante. **Jamith Jimmy García Corpas**

Institución. **Colegio Fundación Nueva Granada**

Localidad. **Chapinero**

Gabriela Jiménez Beltrán nació el 28 de mayo de 2010, tiene 14 años y se destaca por su dedicación y pasión por el aprendizaje. Desde temprana edad ha demostrado un profundo interés por la lectura y la escritura, lo que le ha permitido desarrollar sólidas habilidades literarias. Su entusiasmo por las letras la motivó a participar en el Concurso Leer y Escribir, donde buscó compartir su talento y creatividad.





EL SUSURRO DE LOS CERROS

En los cerros orientales de Bogotá, donde la ciudad se encuentra con la montaña, vivía Mateo, un niño de diez años con una imaginación desbordante, hijo de una docente de Biología y un ingeniero ambiental. Mateo creció con un profundo amor por la naturaleza, aunque vivía en medio del bullicio urbano.

Cada mañana, antes de ir a la escuela, Mateo subía un trecho del cerro para contemplar la inmensa urbe que se extendía bajo sus pies. Le fascinaba ver cómo la ciudad despertaba.

Un día, mientras observaba la ciudad, Mateo escuchó un suave murmullo. Pensó que era el viento jugando entre las ramas, pero pronto se dio cuenta de que eran voces que provenían de los árboles.

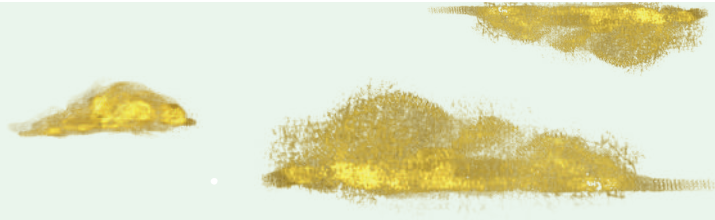
—Ayúdanos, Mateo —susurraban las hojas—. La ciudad nos olvida, y sin nosotros, ella no puede respirar.

Asombrado y un poco asustado, Mateo se quedó inmóvil, escuchando. Los árboles le contaron cómo, poco a poco, los espacios verdes de Bogotá iban desapareciendo. Le hablaron de la contaminación que los asfixiaba, de los ríos que una vez corrieron libres y ahora estaban enterrados bajo el asfalto.

Mateo decidió hacer algo. Ya en su escuela, les contó a sus compañeros. La mayoría se rieron; hubo quienes lo vieron con extrañeza, pero su mejor amiga, Lucía, le creyó sin dudar.

—Si los árboles te hablaron —dijo Lucía—, debe ser por algo importante. ¡Tenemos que hacer algo!





Mateo y Lucía comenzaron una campaña. Primero en su escuela, luego en el barrio. Organizaron jornadas de limpieza en el Parque El Virrey y recogieron bolsas y bolsas de basura. Plantaron árboles en la Quebrada La Vieja. En casa, convencieron a sus padres de crear pequeños huertos en los balcones de sus apartamentos.

La noticia de su campaña se extendió. Pronto, los niños de otros barrios corrieron la voz y se unieron. El movimiento creció más allá de lo que Mateo y Lucía habían imaginado. Los adultos se sumaron. En Usaquén, los vecinos acordaron convertir la plaza central en un oasis verde: plantaron árboles, instalaron bebederos para aves y crearon un pequeño estanque. En el centro, los vendedores de la Plaza de Paloquemao empezaron a usar empaques biodegradables. Don José, un vendedor de frutas que llevaba 40 años en el mercado, se convirtió en un defensor del movimiento, convenciendo a otros comerciantes de unirse.

Pero no todo era fácil. Algunos se resistían al cambio, argumentando que el progreso de la ciudad era más importante que preservar áreas verdes. Entonces, Mateo tuvo una idea. Con ayuda de Lucía y el apoyo de sus padres, organizó un evento masivo. Invitó a todos, escépticos y creyentes, a subir a los cerros al amanecer.

La convocatoria se hizo viral en redes sociales. Medios de comunicación locales y nacionales se hicieron eco de la iniciativa.

Al llegar el amanecer, miles de bogotanos hicieron el ascenso: familias enteras, ancianos ayudados por sus nietos, ejecutivos en traje, estudiantes, vendedores ambulantes... Una muestra de la diversidad de Bogotá subió por los senderos de los cerros.

Cuando el sol comenzó a asomarse, iluminando la ciudad con su luz dorada, ocurrió algo mágico: todos pudieron escuchar el susurro de los árboles. La ciudad entera pareció cobrar vida en ese momento.





En ese instante, todos comprendieron. Los cerros no eran solo un telón de fondo, sino los pulmones de la ciudad. Los parques eran el corazón, bombeando vida y alegría. Los ríos y quebradas, antes olvidados, ahora se revelaban como las venas que nutrían cada rincón.

Desde ese día, Bogotá cambió. No de la noche a la mañana, pero sí poco a poco. Se crearon más parques y corredores verdes. Se desenterraron ríos y se restauraron humedales. Las ciclorrutas se expandieron, conectando la ciudad de norte a sur y de este a oeste.

En los colegios se implementaron programas de educación ambiental inspirados en la historia de Mateo. Los niños aprendían cómo cada pequeña acción podía tener un gran impacto.

Años después, Mateo, ya adulto y convertido en biólogo urbano, subió nuevamente a los cerros con su hija, Amelia. Mientras contemplaban la ciudad, tan diferente de aquella que Mateo había conocido en su infancia, escucharon un susurro en las hojas.

—Gracias por escucharnos y por enseñar a otros a hacerlo —decían los árboles.

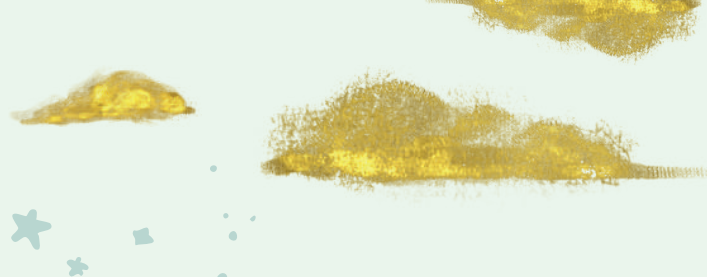
Mateo sonrió, tomando la mano de su hija.

—¿Los oyes? —le preguntó.

Amelia asintió, sus ojos brillando con la misma chispa que Mateo había tenido de niño.

—Nos están agradeciendo, papá. Pero creo que somos nosotros los que debemos agradecer. Mira la ciudad tan hermosa que nos han dado.





Mateo abrazó a su hija, sabiendo que el mensaje de los cerros seguiría vivo en las nuevas generaciones. El susurro de los árboles se había convertido en el latido de Bogotá, una ciudad que había aprendido a vivir en armonía con la naturaleza.

Mientras bajaban de vuelta a la ciudad, Mateo pensó en todos los desafíos que aún quedaban por delante. Pero sabía que, mientras hubiera personas dispuestas a escuchar el susurro de los cerros, Bogotá seguiría floreciendo, verde y llena de vida.





CUENT^o
SEGUND^o PUEST^o
CATEGORÍA 2

SUEÑOS AJENOS, SUELOS IGUALES



LUCIANA ANTONELLA DUARTE GORDILLO

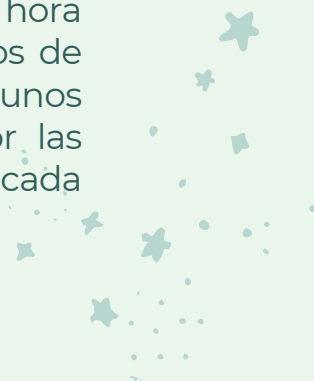
Grado. **Noveno**

Docente acompañante. **José Rodolfo Castañeda Rojas**

Institución. **Colegio Cafam**

Localidad. **Engativá**

Luciana Antonella Duarte Gordillo nació el 14 de diciembre de 2009 en Bogotá, tiene 15 años y desde muy pequeña se destaca por su creatividad e ingenio a la hora de resolver problemas. Ha participado en concursos de poesía y de relatos cortos y ha obtenido algunos reconocimientos. Es apasionada por el arte y por las ciencias. Además, alberga gran ilusión por aprender cada día más.





SUEÑOS AJENOS, SUELOS IGUALES

¡Despierta, Cristóbal, ya vamos a llegar! —escuchó Cristóbal entre murmullos de almas viejas y gritos agónicos provenientes de los troncos secos y las áridas praderas.

Bogotá es una de esas ciudades donde lo imprevisto es lo único predecible. De esto se percató Cristóbal una mañana cuando salió de su casa para asistir al colegio, como todos los días. Cristóbal era un chico muy atento que vivía con su madre en el centro de la ciudad, junto con su abuela Candelaria. Esta última necesitaba cuidados especiales debido a una condición de salud que la aquejaba desde hacía algunos meses. Cuando le diagnosticaron Alzheimer, se declaró que aquella mujer que, en su juventud, corrió descalza por el césped, trepó los nogales de Bogotá y disfrutó del canto de los cándidos copetones, ahora era incapaz de cuidarse por sí misma. La película de su mente estaba rota, y la conciencia era apenas una luz que se presentaba escasamente en medio de la oscuridad de su entendimiento.

Cristóbal era descendiente de una familia indígena del pueblo Nasa. Sin embargo, la violencia armada y el desplazamiento obligaron a su abuela a buscar una oportunidad en Bogotá. Doña Candelaria no soportaba la idea de abandonar los prados verdes que la acompañaron durante su infancia, pero Bogotá le permitió enamorarse nuevamente, ser madre y seguir sonriendo, a pesar del miedo y la dificultad.

Doña Candelaria inculcó en su familia el amor por la naturaleza. Solía asistir con su pequeña hija Roma cada fin de semana a un humedal distinto, hasta que estas salidas se convirtieron en una tradición familiar. Juntas visitaron humedales como La Libélula, Jaboque, Juan Amarillo y Córdoba. Disfrutaban contemplar las aguas y siempre rezaban en su lengua étnica, el Nasa Yuwe, agradeciendo a sus dioses Uma y Tay por brindarles todo lo que



necesitaban. Los espíritus de la naturaleza les habían obsequiado la bendición de la vida, y ellas, con gratitud, danzaban y cantaban, ofreciendo su alegría y pureza como ofrenda para la tierra.

Años después, cuando nació Cristóbal, producto del amor entre Roma y un joven activista, el país atravesaba un momento amargo. Incendios, sequías, explotación de los suelos y caza furtiva azotaban los prados. Lugares de paz se convertían en escenarios de conflicto. Doña Candelaria no podía comprender el salvajismo con que luchaban. Era casi como si les diera gusto arrebatarse la vida al otro. Los cuerpos brotaban de la tierra solo para volver a sepultarse en ella antes de tiempo. La tierra, herida, recibió también el cuerpo marchito de Braulio, apodado “Tunjuelito”, el padre de Cristóbal, quien falleció semanas antes del nacimiento de su hijo.

Braulio soñaba con sostener a su hijo entre sus brazos, observar sus ojos puros y cristalinos, cual mar en calma. Pero el conflicto armado tenía otros planes. Tunjuelito fue asesinado un 15 de diciembre de 2008, víctima de las mismas armas miserables que habían diezmado a tantos animales en medio de la cacería ilegal.

Cristóbal no sintió la ausencia de su padre porque su madre era fuerte. Incluso en las noches en que disparos ensordecedores atormentaban sus sueños, podía descansar gracias al canto de Roma. Su voz, comparable a la de una sirena, le otorgaba calma, y su valentía, similar a la de una torcaza cuidando a sus crías, le daba seguridad.

Roma trabajaba en el Centro de Fauna Silvestre en Bogotá, representando con orgullo al pueblo Nasa ante las autoridades ambientales. Aunque su sueldo era limitado, su vocación era auténtica. Veía en los animales lo que no podía encontrar en las personas: vínculos sinceros. Quizá porque, en el fondo, se sentía marginada, al igual que aquellas criaturas.



Cristóbal era un chico feliz, lleno de esperanza, aunque en su interior cargara una tristeza inmensa. Sin embargo, aquella mañana cuando salió al colegio, una tragedia apagó su luz. Al regresar a casa tras una larga jornada, recibió la noticia: su abuela Candelaria había fallecido a causa de un paro cardíaco. El silencio de su alma era el eco del colapso de su amado planeta, y Cristóbal lo sabía.

Lleno de nostalgia, sus lágrimas cayeron suaves y silenciosas como pétalos de rosa. Su madre intentó consolarlo, pero su corazón estaba roto, como una rama seca. La vela que iluminaba su resiliencia se apagó ante el caos.

Al día siguiente, Cristóbal abordó un autobús vacío, el G66. Durante el trayecto, escuchó una voz angelical que lo despertó: era su abuela. En un sueño mágico, la encontró en un lugar que combinaba lo mejor de los humedales, cerros y quebradas de su ciudad. Pero, de pronto, todo comenzó a secarse. Cristóbal comprendió que debía enfrentarse a sus miedos. Con el apoyo de su abuela y la fuerza de la naturaleza, logró derrotarlos. Finalmente, abrazó la aceptación y convirtió la pérdida en un motor para honrarla.

Cristóbal comprendió que dejar ir no significa olvidar, sino transformar el dolor en un homenaje a quienes amamos.





POESÍA



POESÍA
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA 1

EN EL CORAZÓN DE UN VALLE ESCONDIDO



JOHAN ALEJANDRO SUÁREZ MONTEALEGRE

Grado. **Cuarto**

Docente acompañante. **Rosa Lilia Parada**

Institución. **Colegio Brasilia (IED)**

Localidad. **Bosa**

Johan Alejandro Suárez Montealegre nació el 24 de marzo de 2013, tiene 11 años y le encanta escribir. Disfruta la lectura de los cuentos de aventura, en particular la de El Principito. Desde tercer grado ha desarrollado su creatividad, gracias a las clases y talleres impartidos en la biblioteca escolar, ha descubierto nuevas historias y ha mejorado su escritura.



EN EL CORAZÓN DE UN VALLE ESCONDIDO

En el corazón de un valle escondido, donde el sol besa la tierra con suavidad, hay una ciudad de ensueño y magia, la ciudad fantástica de las hojas verdes.

Sus calles son de color jade y esmeralda, donde las hojas danzan con el viento suave; los edificios son árboles gigantes, con ramas que se elevan hasta el cielo azul.

Su obra es una sinfonía de curvas y de líneas que se abrazan con flores y brotan en cada esquina; y pájaros que cantan en cada rincón.

En el centro de la ciudad: un parque donde la naturaleza es la reina, un lago de agua cristalina refleja el cielo y la ciudad divina.

La gente de esta ciudad es amable con sonrisas que iluminan el día, viven en armonía con la naturaleza y respetan la belleza que los rodea.

La ciudad de las hojas verdes es un lugar de paz, donde el alma se renueva y crece, y el corazón late con libertad.

¡Oh ciudad de las hojas verdes!

Eres el sueño que se hace realidad, un refugio para el espíritu, un lugar donde la fantasía es verdad.



POESÍA
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA 1

ECOS DEL PÁRAMO



EMILY LUCÍA BONILLA PATIÑO

Grado. **Quinto**

Docente acompañante. **Margarita Rozo**

Institución. **Colegio Miguel de Cervantes Saavedra (IED)**

Localidad. **Usme**

Emily Lucía Bonilla Patiño nació el 21 de diciembre de 2014 en la ciudad de Bogotá, tiene 10 años. Su mamá es comerciante y su papá docente. Le encanta la lectura, la naturaleza, la cocina y la programación informática.



ECOS DEL PÁRAMO

En la niebla que cubre el páramo
El viento susurra entre las piedras
Y el eco de antiguas leyendas
Resuena en los valles y en el brote

Los frailejones se alzan orgullosos
Guardianes de esta tierra fría
Bajo el sol que apenas brilla
Y la lluvia que llega con su llanto

Las montañas vigilan en silencio
Mientras el agua danza y se escurre
Por caminos que el tiempo no muerde
Por senderos de niebla y misterio

Cuidemos el páramo, sus aguas sagradas
Que el tiempo se agota el río se calla
Los frailejones calman en tierras doradas
Preservemos la esencia, que el futuro no falle



POESÍA
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA 2

CONEXIÓN ROTA



KATY RAMOS ACEVEDO

Grado. **Noveno**

Docente acompañante. **Damaris Prieto Calderón**

Institución. **Colegio República de China (IED)**

Localidad. **Engativá**

Katy Ramos Acevedo nació el 13 de junio de 2006 en Bogotá, tiene 18 años y es escritora desde muy niña, siempre buscando expresarse desde sus sentimientos y realidades. Ha participado dos veces en el Concurso de Leer y Escribir en la categoría de poesía. Su poema “Conexión rota” relata la extinción, el sufrimiento, la crueldad y el llanto silencioso, un grito energético de respeto, valor y dignidad.





CONEXIÓN ROTA

Siento aquel lamento al pasar por las calles,
de los árboles que se alzan heridos y frágiles.
Sus ramas, antes fuertes, se doblan cansadas,
intentando tocar las estrellas apagadas.

Quieren hablar, susurrar con el viento,
contar historias de vida, raíces y tiempo,
pero el mundo, ensordecido en su prisa,
ignora el clamor de la naturaleza que avisa.

Con cada hoja que cae, un grito se eleva,
un eco distante que a nadie enreda.
Piden, suplican, con raíces ancladas,
una conexión perdida, rota, desgarrada.

Las personas pasan, miradas vacías,
indiferentes al dolor que late en sus días.
Los árboles gritan, pero sus voces se pierden
en la bruma del ruido y las luces que hieren.

Ellos siguen gritando cada vez más fuerte,
mientras son talados, condenados a la muerte.
El fuego los consume, la sierra los corta,
y su savia se seca en un suelo que no importa.

Aun así, cada vez que paso por las calles,
puedo escuchar sus lamentos entre los valles.
Un eco que resuena en el viento apagado,
pero el mundo sigue su curso, desatado.





Nadie atiende a su llamado, nadie se detiene,
y el llanto de los árboles en la soledad se sostiene.
Son guardianes caídos de una tierra herida,
su grito es la voz de la vida perdida.

Cada vez que cae un tronco al suelo,
es un pedazo del cielo que se desvela.
Los árboles lloran, pero nadie responde,
sus raíces se rompen, el ciclo se esconde.

El aire se espesa, el mundo se enfría,
en cada esquina el lamento aún brilla.
Los árboles sueñan con volver a brotar,
pero en el olvido, su vida ha de quedar.

Así, mientras sigo caminando sin ver,
los árboles aún gritan, y el viento, a su vez, lleva su tristeza,
la siembra en la brisa,
esperando que un día alguien los descubra.



POESÍA
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA 2

HISTORIAS Y RÍOS



JENNY ALEXANDRA CUBILLOS OCAMPO

Grado. **Octavo**

Docente acompañante. **Jimmy Lamprea Nosa**

Institución. **Colegio Colombia Viva (IED)**

Localidad. **Rafael Uribe Uribe**

Jenny Cubillos Ocampo nació en 2010, tiene 14 años y vive con sus padres, su hermana y su perrita Lulú. Le gusta el porrismo y el patinaje extremo. Cuando escribió su texto para el Concurso Leer y Escribir se sintió en extremo inspirada; en un primer momento, experimentó tristeza porque el personaje de su texto era la montaña devastada por el fuego, luego sintió alegría cuando leyó el poema que había escrito.



HISTORIAS Y RÍOS

¿Qué podría contarnos la montaña?
¿Cómo impedir que hable, si sus árboles arden?
Quemándose poco a poco
¿Volviendo en cenizas su destino?
Historias y ríos.

¿Cómo puede pedir una flor que respeten sus derechos?
Si personas inconscientes las aplastan y sacan pecho.
Los árboles tienen raíces, temiendo de la humanidad.
¿Qué podría pasarles si su destino es talarles?

El sol es culpable de sus destellos, pero no lo comparen
¡Él NO es como ellos!

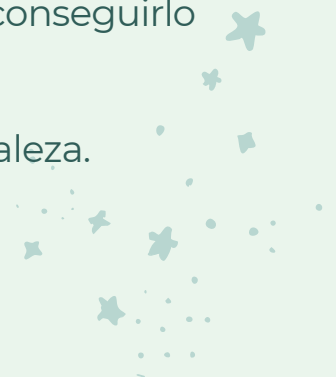
Deberíamos pensar en el aire que respiramos,
en vez de talar y quemar
Luchemos por nuestro futuro o derrumbaremos este mundo.

¿Cómo podemos pedirle a un niño inocente que respire
libremente?

Si las llamas no paran y crecen despiadadamente
La culpa no la tienen los humanos, la tienen sus manos
Llenas de llanto.

Culpables se van marchando
Sin ninguna clase de argumento
Algo malo han hecho.

La fuerza fluye como el río, no paremos la lucha hasta conseguirlo
Alcemos las manos llenas de fortaleza
Creando la mejor fuerza
Dejemos atrás la tristeza y plantemos más naturaleza.



A vertical golden pole with a lantern at the top, surrounded by a circular floral wreath and a white dove. The background is a textured teal with faint radial lines and star clusters in the corners.

RESEÑA

RESEÑA
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

EL LÓRAX



LUIS ÁNGEL URREGO BOADA

Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Lina María Gómez**

Institución. Colegio: **Santa Lucía (IED)**

Localidad. **Rafael Uribe Uribe**

Luis Ángel Urrego Boada nació en 2008, tiene 16 años, desea descubrir el mundo y dejar su huella en él. Su infancia transcurrió en el seno de una familia cálida. Durante sus años de escolaridad ha logrado entablar diversas amistades y aprender con éxito temas significativos. Su meta es hacer lo que le gusta sin que el tiempo ni el dinero sean un obstáculo para ello.



EL LÓRAX

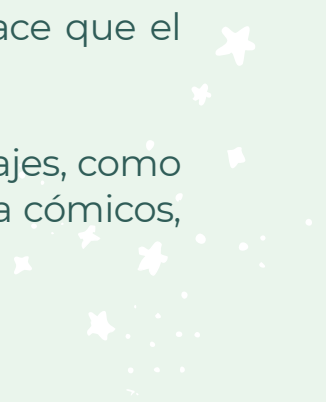
Vi El Lórax y de verdad me sorprendió. La historia, que parece sencilla al principio, realmente tiene un mensaje fuerte. Es de esas películas animadas que uno pensaría que son solo para niños, pero después uno se da cuenta de que todos, de cualquier edad, deberían verla.

La trama gira alrededor de un chico llamado Ted, que vive en una ciudad donde todo es artificial y no existen los árboles. La gente compra aire embotellado, como si fuera algo normal. Ted decide salir de la ciudad y buscar una semilla de árbol real para impresionar a Audrey, la chica que le gusta. En su aventura, se encuentra con El Una Vez, un personaje misterioso que le cuenta la historia de cómo el mundo perdió sus árboles y cómo eso fue su culpa. Aquí entra el Lórax, un ser chiquito y peludo que “habla por los árboles” y trata de proteger el bosque.

Una de las cosas que me gustó fue cómo usan los colores y los paisajes para mostrar la diferencia entre un mundo lleno de naturaleza y uno completamente artificial. La ciudad de Thneedville se ve opaca y triste en comparación con el bosque, que es súper colorido y vivo. Me hizo pensar en lo que nos perdemos al destruir la naturaleza solo por dinero y cosas materiales.

El mensaje de la película es muy claro: si seguimos dañando el medio ambiente, al final vamos a terminar en un lugar como Thneedville, donde nada es natural. Me gustó cómo no lo hicieron aburrido ni demasiado “serio”, sino que todo va de la mano con canciones pegajosas y personajes divertidos, lo que hace que el mensaje se entienda sin ser aburrido.

Algo que no me gustó tanto fue que algunos personajes, como el villano O'Hare, se sienten un poco exagerados y hasta cómicos,





pero creo que eso lo hicieron para que el mensaje sea más claro. Además, no soy muy fan de algunas canciones, pero entiendo que es una película para niños, así que está bien.

En conclusión, le doy a El Lórax un 8/10, porque realmente tiene un mensaje importante y el personaje del Lórax es súper memorable. Es una buena peli para ver en familia o con amigos, y te deja pensando en ¿cómo estamos tratando el planeta? Además, te hace preguntarte si algún día nosotros también necesitaremos “aire embotellado”.

Bibliografía

Chris Renaud (Director). (2012). El Lórax [Película]. Illumination Pictures.



RESEÑA
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

EARTH SONG — MICHAEL JACKSON



LINA VICTORIA PRECIADO ALDANA

Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Joanna Carolina Betancourt Rodríguez**

Institución. **Colegio Altamira Sur Oriental (IED)**

Localidad. **San Cristóbal**

Lina Victoria Preciado Aldana nació el 17 de octubre de 2008 en Bogotá, tiene 16 años, es una niña alegre que le gusta mucho el colegio, también le gusta la música y compartir con su familia. Cuando se gradúe de bachiller le gustaría ingresar a la universidad a estudiar medicina.



EARTH SONG — MICHAEL JACKSON

Earth Song es una canción del famoso artista Michael Jackson lanzada el 27 de noviembre de 1995 haciendo parte del álbum History: Past, Present and Future, con esta canción el Rey del pop busca dar un mensaje dirigido a la protección del medio ambiente y los animales a través de una letra directa y emotiva haciendo preguntas retóricas haciendo un llamado a la conciencia humana, su lenguaje poético nos hace ver el daño que hemos causado hacia el medio ambiente, mostrándonos diferentes cuadros de destrucción y un caos que asola al mundo.

“¿Alguna vez te has parado a comprender que esta tierra llora, que estas costas lloran?” Así como este verso, todos son como un golpe hacia el corazón, un llamado a la preocupación que todos deberíamos ejercer ante la situación ambiental que atravesamos en estos días y la gran fragilidad de la naturaleza ante nuestras acciones y consecuencias. Con esto, el Rey del pop nos quiere hacer ver que la responsabilidad de la destrucción y un posible cambio está solamente en nuestras manos y que no es solo un trabajo individual. Esta letra nos crea una sensación de urgencia y una necesidad de ver la realidad de nuestro planeta tierra y lo grave que es.

Por otro lado, el video musical de esta canción va acorde a la letra, siendo una composición visual impactante por sus distintas imágenes y cuadros retratando una devastación ambiental explícita. Lo más destacable de estas imágenes son bosques en llamas, animales en peligro, ciudades contaminadas y desastres naturales, haciendo a la vez un contraste con imágenes de naturaleza mostrando animales en su habitat y paisajes tranquilos.

El contraste de estas imágenes en el video nos enfatiza en la belleza de nuestra tierra y en lo que se podría convertir si no hay



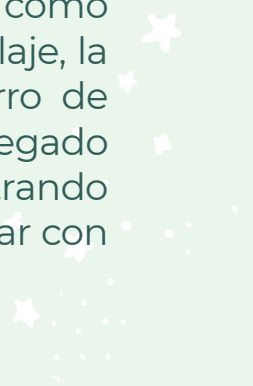


un sentido de urgencia por parte de la humanidad, esto crea una experiencia visual y auditiva impactante debido a los cambios rápidos en las imágenes y los gritos intensos y de conciencia de Michael que nos obligan a cuestionar nuestro lugar en el mundo y lo que vinimos a hacer como parte de la naturaleza.

Los cambios intensos en la música cada vez que avanza acentúan cada imagen, con sus colores sencillos y cada verso simple y directo hace que esta canción se convierta en una canción que siempre recordaremos y entenderemos el mensaje que el artista plasma en el video musical.

Para el impacto final de la canción, hay ritmos ascendentes y acelerados, como representación de la destrucción total acompañado de imágenes con un desenlace caótico, y las personas sin importar sus diferencias uniéndose, haciendo una reflexión sobre cómo debemos actuar antes de que todo acabe; el Rey del pop hace aún más preguntas sobre todo lo que alguna vez fue y lo que no se hizo antes de su desastre final. Sin embargo, se muestra a Michael intentando resistir a la catástrofe con algo de esperanza; terminando el video musical con una transición de un árbol frondoso y totalmente verde, a un cuadro de polvo y absoluta desolación, dando el mensaje final sobre cómo terminará todo si no actuamos debidamente. A pesar de ser una canción de casi 30 años atrás, aún mantiene su impacto debido a la crítica situación que estamos atravesado en la tierra, con talas de árbol, escasez de agua, incendios forestales, animales desapareciendo, etc...

Con su crudo mensaje ¿qué de la muerte? ¿nos importa un carajo? Earth Song es una canción de llamado a la acción buscando una conexión espiritual con la madre naturaleza y tomar conciencia de cómo la tierra es un conjunto de seres vivos que sienten, asumiendo la responsabilidad tanto individual como colectiva iniciando desde pequeños cambios como el reciclaje, la reducción del consumo de materiales dañinos y el ahorro de energía. Al cuidar nuestro planeta, estamos dejando un legado positivo y equitativo para futuras generaciones, demostrando nuestro importante papel en la tierra y una invitación a soñar con



un planeta más sostenible y realizar el sueño unidos a pesar de todos los desafíos y contratiempos que se presenten en el proceso.

Bibliografía

Jackson, Michael (1995). Earth Song [Canción]. En History: Past, Present and Future, Book 1. MJJ Productions.
Bridget Blake Wilson and Nicholas Brandt (MTV). (1995, 15 de noviembre). Earth Song [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=XAi3VTSdTxU>



The background is a textured teal color with faint white lines radiating from the center. Three white bird silhouettes are flying upwards from the bottom towards the top. In the top-left and bottom-right corners, there are clusters of small white stars of varying sizes.

CRÓNICA



CRÓNICA
PRIMER PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

EL AGUA Y LA CIUDAD



JUAN SEBASTIÁN CRUZ GALEANO

Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Narda Maritza Garzón González**

Institución. **Colegio La Aurora (IED)**

Localidad. **Usme**

Juan Sebastián Cruz Galeano nació el 7 de mayo de 2008 en Bogotá, tiene 16 años, es amante de los deportes, la historia y la literatura, y disfruta vivir acompañado por el humor y la diversión. Escribir es una de sus actividades preferidas, porque le permite recordar experiencias e inmortalizarlas. Espera vivir muchas cosas, para poder contarlas en el futuro.



EL AGUA Y LA CIUDAD

El río de Usme, piedras y musgo.

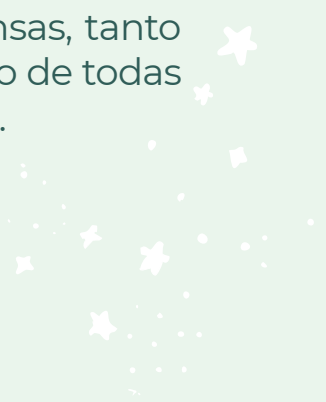
En realidad, ese que llamamos el río de Usme, es la última extensión de la Vereda Olarte, que alimenta al río Tunjuelo a unos kilómetros de distancia, y divide a Usme de Ciudad Bolívar. En mi experiencia, el río de Usme es el lugar más cercano al páramo del Sumapaz, en el que he estado.

Fueron dos ocasiones en que lo visitamos. El grupo de la primera excursión era: Alan, Chaparro, Iker, Julián y yo. La segunda vez nos acompañó Brausin, una integración extraña, ya que casi nunca ha salido con nosotros. Sin embargo, la primera vez fue realmente especial, por esto hablaré de ella.

Era un 19 de abril, cuándo los cinco, intrépidos y aventureros, nos reunimos alrededor de las dos de la tarde a las afueras del Colegio La Aurora. Todos íbamos vestidos de jean, con buzo y chaqueta; porque Usme es helado. Estábamos nerviosos y exaltados por la aventura.

Recargamos las tarjetas de SITP; pagamos exactamente la ida y la vuelta, sin remediar en la posibilidad de hacer trasbordo. Después nos dirigimos a la parada del CAI de La Aurora, donde esperamos el bus Usme Pueblo, que nos aproximaría a nuestro destino, recuerdo que tardó alrededor de media hora, en la que nos distraíamos entre charlas triviales.

Fue difícil, ya que la demora y la lluvia eran tan intensas, tanto que pensamos en la posibilidad de cancelar el viaje, pero de todas formas insistimos, hasta que finalmente subimos al bus.





El viaje fue prolongado, tuvimos que bajarnos cerca de la iglesia de Usme Pueblo, desde donde caminamos cuesta arriba hasta alcanzar la gasolinera. Allí giramos a la derecha y nos esperaba una carretera improvisada, que debido al barro nos hacía difícil cada paso.

Alrededor del camino que iniciaba en la cima y nos hacía descender, había fincas pequeñas o plantaciones de papa, donde no había cultivos, en su lugar se encontraban algunas vacas y ovejas. Sin duda un escenario que nos hizo dudar que tanto amábamos Bogotá y sus calles sucias, porque, ver animales en lugar de autos y barro en lugar de pavimento, no era tan malo como soportar el ruido matutino de la capital, ni los olores producidos por el botadero Doña Juana.

Nos tomó media hora bajar; desde la gasolinera a la última finca del camino, en este punto ya no había más casas, en su lugar se encontraba un campo vacío que estaba protegido por un alambre de púas a lado y lado.

Evidentemente, era propiedad privada. «¡Pero el río es público!» justificábamos para nosotros mismos, cuando nos deslizamos por debajo del alambre. Al otro lado nos esperaba un pastizal maltratado y muy descuidado, tuvimos que dar zancadas lentas, para evitar pisar los excrementos de las vacas, que abundaban.

Caminamos en dirección al río, hasta que nos encontramos a la responsable de los desechos; una vaca con manchas marrón. Esta parecía no haberse percatado de nuestra presencia, aunque nos apresuramos a tomar distancia en silencio, evitando interrumpir su almuerzo.

«¡Por fin!» exclamamos, cuando finalmente el río se encontraba frente a nosotros, su agua no era profunda y tampoco muy caudalosa, la lluvia hacía parecer que el río se iba tornando más grande ante nuestros ojos de forma desafiante.





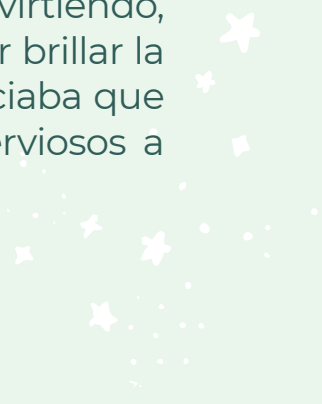
La hipotermia nos pareció un término inventado, porque no estimamos que estaba lloviendo, cuando decidimos meter los pies en el agua, que a pesar del frío y lo aterrador que pareciera tocar accidentalmente el musgo que escondía la corriente, también nos transmitía una sensación de tranquilidad, que solo la produce la naturaleza. Pasamos varios minutos a la orilla, nos tomamos varias fotos juntos, después nos volvimos a poner las zapatillas y empezamos a ascender por en medio del río.

Cruzábamos sus aguas saltando piedra por piedra, la adrenalina y los chapoteos que hacíamos cuando nuestro pie resbalaba dentro del agua, hizo de cada salto un desafío emocionante. Porqué cada piedra estaba en su mayoría cubierta de musgo y para hacerlas aún más inestables, el agua las volvía resbalosas, había muy pocas que fueran seguras de pisar. Y no todas se encontraban fijas, algunas eran pequeñas trampas que al ponerle el pie encima, nos provocaba un susto de muerte.

Mientras subíamos, nos encontramos con muchos objetos que contrastaban aberrantes con el ambiente, como botellas vacías, basura esparcida e incluso había agua de colores preocupantes. Algo que lamentamos, ya que era un lugar hermoso, sin embargo, no parecía importarle a todo el mundo.

Hubo un punto en que el agua era lo suficientemente profunda, así que no lo pensamos dos veces antes de quedarnos en ropa interior y sumergirnos. Jugamos y disfrutábamos de aquel escenario tan diferente al que vivíamos cada día, sin quejarnos de absolutamente nada: Ni el frío, ni el agua sucia arruinaría la diversión.

Pero cuando terminó el juego, empezó la preocupación, porque el tiempo no perdonó que nos hubiéramos estado divirtiendo, tampoco lo hizo el sol que se iba escondiendo para dejar brillar la tenue luz de la luna. El silencio del panorama nos anunciaba que se nos hacía tarde para regresar, nos apresuramos nerviosos a bajar hasta el punto donde habíamos entrado al río.





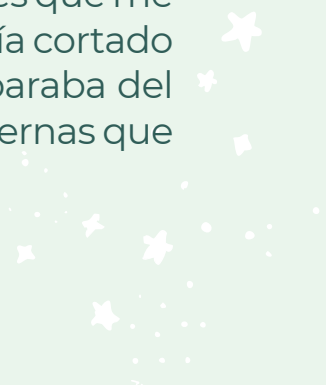
Sin embargo, para descender tardamos el doble de tiempo del que nos tomó subir, al parecer el río era capaz de hacerse más grande cuando le apetecía, porque intentamos descender de la misma forma en que ascendimos por medio del río, pero esta vez nuestras piernas ya se encontraban cansadas y temblábamos haciendo traspiés en el afán de regresar pronto.

Tuvimos que acortar el camino volviendo a pasarnos entre los alambres de púas, que nos avisaban una vez más que no deberíamos haber estado allí entre sus límites. Un perro furioso por nuestra invasión nos ladraba desde la distancia, llegamos a un punto desde el que tuvimos que saltar desde una roca inmensa al otro lado de un alambrado y cuando aterrizamos empezamos a correr hasta atravesar el pastizal, dejando atrás el reclamo del animal.

Y en cuanto lo logramos, estábamos completamente exhaustos y mojados de pies a cabeza, no teníamos certeza de como aún estábamos vivos, después de tantos desafíos, pero aún nos faltaba uno: volver completos a casa.

Logramos volver a la gasolinera después de una larga travesía, donde tomamos el bus, cuándo estuvimos en su interior sentimos un gran alivio, seguramente producido por la calefacción del vehículo, que nos devolvía a la ciudad de siempre, la diferencia es que ahora nosotros ya no éramos los mismos. Porque anhelábamos volver y seguir experimentando aventuras tan arriesgadas, pero tan entretenidas al mismo tiempo. No hay película, videojuego o tendencia que se compare a lo que habíamos vivido esa tarde.

Alan tuvo un calambre en los pies, que se le quito una vez ya estábamos en el bus de regreso, yo tenía algunos raspones que me había hecho mientras corríamos entre fincas, Iker se había cortado una mano intentando atravesar el alambre que nos separaba del perro, Julián y Chaparro compartían el mismo dolor de piernas que los cinco sentíamos.





Lo más extraño de todo, fue que, a pesar de habernos lavado de pies a cabeza, ninguno tuvo la más mínima intención de enfermarse después de la travesía. Quizás a nuestros cuerpos no les debilite la intemperie, más bien los enferma el sedentarismo y la falta de riesgos.

Ya mientras volvíamos a La Aurora, ninguno se quejó de la experiencia tan extraordinaria que vivimos, aun cuando corrimos tanto riesgo. Dos semanas después volvimos, esta vez con Brausin, sin importar lo lejos, ni el frío, ni el musgo, ni el alambre, ni el peligro.

Han pasado seis meses y aún no he vivido una experiencia similar, tan peligrosa, increíble y natural, tres características que describen con exactitud al río de Usme, que parece completamente ajeno a Bogotá, lo único que comparte en común con la capital, es que ni su corriente se salva de la contaminación.



CRÓNICA
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

NEVERITA EN TORRENTES



ALISSON DANIELA PARRA QUINA

Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Blanca Janneth Merchán González**

Institución. **Colegio Eduardo Umaña Luna (IED)**

Localidad. **Kennedy**

Alisson Daniela Parra Quina nació en Bogotá, el 26 de septiembre del 2008, tiene 16 años y en la actualidad está culminando su curso de inglés. Desde pequeña se ha sentido atraída por el aprendizaje de los idiomas y ha demostrado interés por la química y la literatura. Es una joven responsable, dedicada, disciplinada e inteligente.





NEVERITA EN TORRENTES

Bogotá, la auténtica capital de Colombia, conocida como "la nevera", no porque nieve precisamente, sino por su clima fresco y a menudo frío. Para mí, una chica que nació y ha pasado su corta vida allí, es el clima más estable y perfecto. Pero ¿qué está sucediendo con nuestra "neverita"?

Todo comenzó en septiembre de este año, en mi zona local de Kennedy. Fue un mes soleado, caluroso y agradable, pero pronto, dentro de esa tranquilidad cálida, algo empezaba a sentirse extraño. El clima se tornó más soleado y seco de lo normal. Las lluvias se presentaban con escasa frecuencia, y el hecho de que lloviera tan poco comenzó a alarmarnos. Unos meses antes, había escuchado por la radio (siempre encendida cada madrugada fría mientras mi abuela se toma un tinto) que se había emitido una alerta sobre la escasez de agua debido al bajo nivel de los embalses que abastecen a nuestra capital. Este anuncio tenía como objetivo transmitir el mensaje de la importancia de hacer un uso responsable del agua.

Con el tiempo, la situación se hizo cada vez más evidente. El alcalde de Bogotá, Carlos Fernando Galán, estableció el racionamiento de agua en Bogotá, sector por sector.

Para mi familia y para mí, el 29 de septiembre fue el día en que el agua se fue en nuestro sector durante 24 horas. Lo vimos como algo temporal. Un día antes, gracias a que una vecina, muy angustiada, nos avisó de la situación, recogimos en baldes suficiente agua para poder preparar nuestros alimentos y mantener nuestra higiene personal. Desde ese día, nuestras semanas se han convertido en una rutina familiar. Cada 8 o 9 días, el agua deja de estar presente en nuestra casa, por lo que siempre la recogemos un día antes. A veces, esto resulta algo agobiante, hasta tal punto que mi hermano pequeño, de 6 años, lo siente y lo





expresa con un “¡ay no, el agua se fue de nuevo!”. En las conversaciones de nuestras vecinas se escucha una pregunta preocupante: “¿Cuánto tiempo más seguiremos así?”.

Con el paso de los días, mi familia y yo nos hemos sentido cada vez más responsables en cuanto al uso del agua. Hemos reducido considerablemente la cantidad que usamos, procurando no desperdiciarla. Así, tomamos duchas más cortas, lavamos los platos con menos agua, nos aseguramos de no dejarla correr mientras nos cepillamos los dientes y evitamos usarla para actividades no esenciales. Incluso, cuando usamos la lavadora, empleamos el agua limpia que hemos recogido para lavar nuestra ropa.

Los días continuaron de esta manera. Poco a poco, comenzó a llover de nuevo, pero las lluvias no han sido suficientes para mantener un nivel adecuado de agua en los embalses, que siguen sin recuperarse como deberían. Aunque las lluvias sigan cayendo desde nuestro nublado cielo, debemos seguir moderando el uso del agua tal como lo hemos hecho hasta ahora. Lamentablemente, las lluvias no caen siempre donde más se necesitan, como si fueran un regador de plantas.

En noviembre, esa temporada fría en la que suelen presentarse lluvias, llega con nuevas expectativas. Este mes puede ser nuestra lotería: nos da el premio de la esperanza al mejorar los niveles de agua en los embalses, o puede traernos el número equivocado, con lluvias tan intensas que generen inundaciones, deslizamientos u otros problemas asociados a las lluvias torrenciales.

El 2 de noviembre, un sábado por la tarde, mientras trabajaba en Venecia, recibí una notificación en mi celular. Mi papá me contó que había comenzado una breve y sutil llovizna en su casa, algo habitual, hasta que de repente cayeron piedras de hielo del cielo blanco y nublado. Esa pequeña lluvia se convirtió rápidamente en una fuerte caída de granizo, del tamaño de una canica, un poco





más grande de lo normal. Había silencio, y su caída retumbante era lo único que se escuchaba en la casa.

Cuando encendí mi celular y abrí una red social, lo primero que vi fueron videos sobre el granizo en el municipio de La Calera. Las calles estaban cubiertas por una capa de hielo de aproximadamente 5 a 8 centímetros, dando la impresión de ser nieve, algo que cualquiera podría pensar que provenía de Europa. Esto generó complicaciones en la movilidad: varios automóviles quedaron atrapados por la acumulación de granizo. En el norte de Bogotá, las lluvias también fueron alarmantes, con canales desbordados y encharcamientos en algunas zonas, como la carrera 9 con calle 153.

Mi papá seguía asombrado, pues nunca había visto caer granizo de semejante tamaño ni con tanta fuerza. El hielo chocaba con el suelo y el techo de su casa con tal intensidad que, en poco tiempo, el balcón se llenó de granizo y formó charcos. Con la ayuda de mi tío, tuvieron que encontrar la manera de sacarlo y evitar que siguiera entrando.

Días después, surgió una nueva noticia que acaparó la atención. El 6 de noviembre, tanto en las noticias como en conversaciones con mi mamá, se hablaba de la inundación en la autopista Norte de Bogotá, que dejó completamente inmovilizados a los vehículos atrapados en el agua. Esto ocurrió porque el canal del río Torca se desbordó debido a la cantidad de lluvia, similar a cuando una taza de agua ya no puede contener más. Las fuertes corrientes de agua arrastraron todo a su paso, colapsando el tráfico y creando una inundación que obstaculizó la movilidad.

Estos eventos y otros más, que casi nunca se veían en nuestra fría capital de Bogotá, demuestran la urgencia climática por la que estamos pasando. Y me pregunto: ¿podría ser esto solo el inicio de lo que enfrentaremos en los próximos años, o incluso meses?

También somos responsables de esto. Nuestros desechos en las calles, en lugares donde no deberían estar, son causantes de estas





inundaciones. Estos bloquean los desagües, agravando las inundaciones durante las fuertes lluvias.

El desperdicio y el consumo excesivo de agua en nuestras casas o industrias, la contaminación del aire que contribuye al calentamiento global, generan un impacto en el clima urbano, alterando la frecuencia e intensidad de las lluvias. Cada vez más impredecibles, como un mar en calma que de repente se convierte en tormenta. Hoy, todo esto se refleja en nuestra neverita. Bogotá, atrapada entre la incertidumbre de la falta de agua y el exceso repentino de ella, observa el cielo preguntándose con angustia: ¿qué más podría pasar, y hasta qué punto?





ENSAYO©

PRIMER PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

LA CIUDAD QUE SUSURRA ENTRE LAS HOJAS VERDES



ANA MARÍA GIRALDO POLOCHE

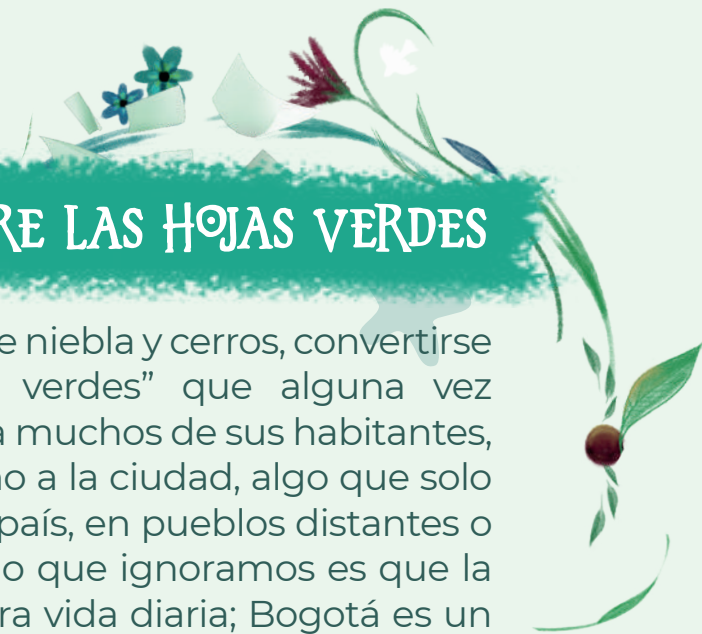
Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Jhon Erick Cabra Hernández**

Institución. **Liceo Femenino de Cundinamarca Mercedes Nariño (IED)**

Localidad. **Rafael Uribe Uribe**

Ana María Giraldo Poloche nació en 2009, tiene 15 años, está cursando segundo año del Programa de Bachillerato Internacional y le apasiona la literatura y el deporte. Es una persona entusiasta, disciplinada y comprometida con sus procesos de aprendizaje, lo que la lleva a sobresalir en su quehacer diario. Se caracteriza por su perseverancia y autonomía, enfrentando cada reto académico y personal con determinación. Su inagotable curiosidad es una particularidad de su espíritu investigativo.



LA CIUDAD QUE SUSURRA ENTRE LAS HOJAS VERDES

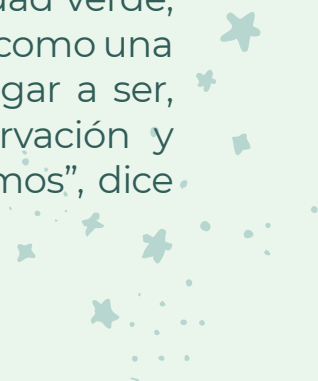
¿Puede Bogotá, la ciudad rodeada de niebla y cerros, convertirse en “La fantástica ciudad de hojas verdes” que alguna vez imaginamos en nuestros sueños? Para muchos de sus habitantes, la naturaleza parece un concepto ajeno a la ciudad, algo que solo existe en los rincones más lejanos del país, en pueblos distantes o en montañas remotas. Sin embargo, lo que ignoramos es que la naturaleza no está separada de nuestra vida diaria; Bogotá es un ser vivo envuelto en hojas verdes, susurrando a través de sus humedales, montañas y arboledas. La pregunta que debemos plantearnos es: ¿Cómo podemos redescubrir la esencia verde de Bogotá y restaurar nuestra conexión con ella? Y la respuesta, que es el núcleo de este ensayo, es que solo podremos transformar a Bogotá en una ciudad verdaderamente sostenible y mágica si comenzamos a valorar y proteger los ecosistemas urbanos que ya habitan su cuerpo. El reto está en mirar más allá del concreto y aprender a ver la belleza de lo verde que sigue creciendo entre las grietas de nuestras calles.

En Bogotá, los humedales son mucho más que cuerpos de agua dispersos entre la intriga de calles y avenidas. Son los pulmones invisibles de la ciudad, los guardianes silenciosos que regulan el clima y purifican el aire que respiramos. El humedal Juan Amarillo, por ejemplo, no sólo es hogar de especies como la tingua bogotana, sino que se convierte en un santuario durante las lluvias, recogiendo el agua que la ciudad no sabe gestionar. Según un informe del Instituto Humboldt, los humedales de Bogotá albergan más de 200 especies de aves, muchas de ellas migratorias, que encuentran aquí un hogar temporal. Sin embargo, estos ecosistemas enfrentan el abandono y la contaminación, convertidos en basureros o invadidos por construcciones. ¿Cómo podemos llamarnos habitantes de una ciudad verde si no cuidamos a sus guardianes? En el humedal Córdoba se puede escuchar el canto melancólico de la tingua azul mientras las primeras luces del día acarician el agua. Estas escenas,



dignas de un cuento mágico, son una prueba de que la naturaleza aún persiste, resistiendo al concreto que intenta asfixiarla. Pero, ¿por cuánto tiempo más podrá sobrevivir? Este bosque escondido, como Bogotá misma, nos pide a gritos atención y cuidado. Estos espacios son un eco ancestral de la vida que aún fluye en la ciudad, como si la Tierra misma susurrara su voluntad de resistir. Sin embargo, este susurro está siendo ahogado. A medida que la urbanización avanza, los humedales, ante vírgenes y vibrantes, se ven convertidos en vertederos y campos de construcción. El agua, antes clara, ahora refleja los vestigios de nuestra indiferencia. ¿Cómo podemos seguir llamando a Bogotá una ciudad verde si estamos permitiendo que se olviden sus raíces, sus guardianes más esenciales? Es tiempo de reimaginar estos humedales no sólo como ecosistemas, sino como reliquias vivientes de lo que podría ser nuestra ciudad verde, si tan solo decidimos protegerla.

Los cerros orientales se alzan como gigantes dormidos -con sus cuerpos cubiertos de frailejones y vegetación nativa- observando a Bogotá desde lo alto. Estos guardianes de piedra no son solo una frontera natural; son la memoria viva de una ciudad que, a pesar de su modernidad, aún conserva sus secretos más antiguos. A sus pies, la urbe palpitante parece alejarse, mientras que, en sus entrañas, la vida sigue floreciendo. Sin embargo, muchos de nosotros sólo los vemos como un telón de fondo, como una línea divisoria que nos aleja del caos urbano, pero no como una parte intrínseca de nuestra vida cotidiana. A pesar de que los cerros están allí, respirando junto a nosotros, la ciudad sigue avanzando sin mirar hacia atrás. La deforestación y el turismo descontrolado están borrando poco a poco los trazos verdes que adornan sus laderas. La respuesta a este olvido está en nuestra capacidad de reconocer en los cerros orientales no sólo un paisaje, sino un sistema vital que se conecta con nuestras vidas de maneras invisibles pero profundas. Si Bogotá quiere ser una ciudad verde, debemos ver los cerros no como una lejana barrera, sino como una extensión vital de lo que somos y lo que podemos llegar a ser, deben convertirse en espacios de encuentro, conservación y aprendizaje. “No podemos proteger lo que no conocemos”, dice





una frase célebre del naturalista colombiano Jorge Cavelier, y esta máxima debería guiarnos en nuestro compromiso con los cerros.

La naturaleza en Bogotá no es algo distante; no es un lujo exclusivo de los pueblos alejados y una experiencia reservada sólo para los viajes. Está aquí, vibrante, palpando la ciudad a través de cada parque, cada árbol, cada rincón verde que se oculta entre los edificios y las calles abarrotadas. Sí prestamos atención, podemos ver cómo los árboles de los parques, como el Simón Bolívar extienden sus brazos hacia el cielo, invitándonos a respirar el aire fresco que la ciudad regala generosamente, a pesar de todo. Sin embargo, la desconexión con estos espacios es profunda. Muchos de los bogotanos, ignorantes de los regalos naturales que nos rodean, busca la naturaleza sólo cuando salen a las afueras, como si no fuera posible encontrarla entre el concreto. En lugar de buscar lejos, ¿qué pasaría si abriéramos los ojos y comenzáramos a ver la naturaleza como una presencia constante, una compañía diaria que nos sostiene? Imagina una ciudad donde la gente camina por sus parques no sólo por recreación, sino para sentir la conexión con lo esencial. Imagina una Bogotá donde las personas no sólo buscan la belleza de la naturaleza fuera de la ciudad, sino que aprende a integrarla en su cotidianidad, entendiendo que los humedales, los cerros y los parques son las venas de la ciudad que nunca dejaron de latir. La desconexión con nuestra ciudad verde es, en parte, resultado de la falta de conciencia. Un estudio de la Secretaría Distrital de Ambiente reveló que el 40% de los bogotanos no sabe que los humedales son ecosistemas protegidos. Esta ignorancia nos aleja de la posibilidad de involucrarnos activamente en su conservación. Imagina una Bogotá donde cada habitante sea un protector de su espacio natural, donde el cuidado de los árboles y el reciclaje sean gestos cotidianos que construyan un futuro sostenible.

Bogotá no es sólo edificios y avenidas; es una fantástica ciudad de hojas verdes que nos rodea, nos alimenta y nos da vida. Pero esta ciudad mágica está en peligro y su futuro depende de nuestras decisiones. Para que esto suceda, debemos abrir los ojos, y ver lo que realmente tenemos frente a nosotros, humedales,





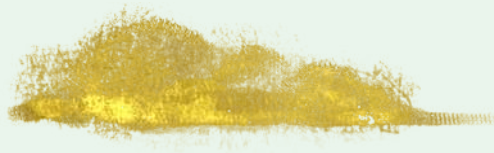
cerros, parques y jardines que son latidos vivos de la ciudad. Esta ciudad mágica, tan llena de vida, nos llama a cuidarla, a protegerla. Bogotá nos invita a reimaginar su futuro, un futuro donde sus tesoros naturales no sean una memoria de lo que fue, sino una realidad tangible de lo que aún podemos construir. Si logramos redescubrir los verdes escondidos, si comenzamos a valorar y proteger los espacios que nos regalan aire y vida, entonces Bogotá será la ciudad que soñamos, una ciudad fantástica, verde, plena y llena de esperanza.

Bibliografía

Instituto Humboldt. Informe sobre los humedales de Bogotá y su biodiversidad. Instituto Humboldt. (Referencia al estudio sobre la biodiversidad en los humedales de Bogotá, con énfasis en las especies migratorias que habitan estos ecosistemas).

Secretaría Distrital de Ambiente. Estudio sobre el estado de los humedales y espacios verdes en Bogotá. Secretaría Distrital de Ambiente. (Referencia a la investigación que indica que el 40% de los bogotanos no sabe que los humedales son ecosistemas protegidos).

Cavelier, Jorge. "No podemos proteger lo que no conocemos". (Cita atribuida al naturalista colombiano, citada para resaltar la importancia de la educación y conciencia ambiental).



ENSAYO
SEGUNDO PUESTO
CATEGORÍA ÚNICA

SAN CRISTÓBAL SUR: TRANSFORMANDO DESAFÍOS
AMBIENTALES EN OPORTUNIDADES



NAIAMELANIE JIRET VARGAS

Grado. **Décimo**

Docente acompañante. **Jennifer Andrea Fonseca Quevedo**

Institución. **Colegio Nueva Roma (IED)**

Localidad. **San Cristóbal**

Naiamelanie Jiret Vargas nació el 15 de julio de 2008 en Bogotá, tiene 16 años y vive con Claudia, su mamá; Samuel y Sara, sus hermanos; y sus mascotas. En la actualidad, está cursando estudios técnicos de talla de gemas en el SENA, le encanta el arte, salir de su zona de confort y todo aquello que despierte su creatividad. Le gusta ayudar al medio ambiente, es empática con las personas, responsable y disciplinada.



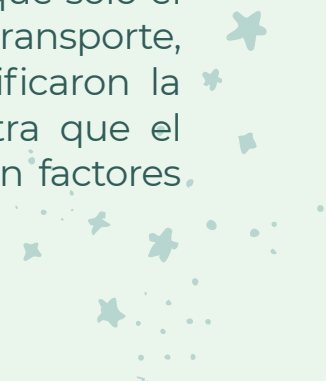
SAN CRISTÓBAL SUR: TRANSFORMANDO DESAFÍOS AMBIENTALES EN OPORTUNIDADES

San Cristóbal Sur es una localidad ubicada en el sur de Bogotá que enfrenta desafíos ambientales que reflejan una preocupante falta de conciencia ecológica en gran parte de su población. Aunque algunos habitantes reconocen la importancia de preservar el entorno natural, problemáticas como la acumulación de escombros, la contaminación generada por vehículos motorizados y la inseguridad urbana limitan el desarrollo de una cultura ambiental sostenible. Este ensayo analiza las percepciones ambientales en San Cristóbal Sur, identifica los principales factores que contribuyen al deterioro del entorno y propone soluciones viables basadas en la participación comunitaria y la educación ambiental como herramientas fundamentales para superar estas dificultades.

Percepción ambiental y problemáticas principales

La percepción general hacia el medio ambiente en San Cristóbal Sur evidencia una baja conciencia ecológica. Sectores como Villa del Cerro, San Miguel y La Victoria enfrentan problemas críticos de acumulación de escombros, lo que no solo degrada la estética urbana, sino que también representa un riesgo para la salud pública y los ecosistemas locales. Además, la dependencia de vehículos motorizados contribuye al incremento de emisiones contaminantes, agravando los problemas de calidad del aire.

Un estudio reciente realizado en la localidad reveló que solo el 6% de las personas utiliza la bicicleta como medio de transporte, mientras que el 30% de quienes no lo hacen identificaron la inseguridad como la principal barrera. Esto demuestra que el deterioro ambiental está directamente relacionado con factores





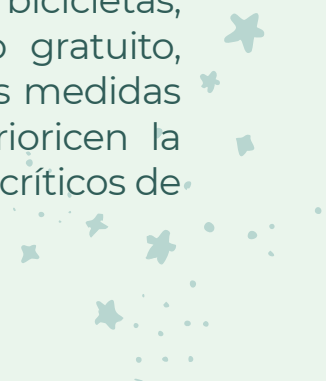
socioeconómicos y la percepción de riesgo en los espacios públicos.

La inseguridad y la falta de infraestructura adecuada, como ciclovías seguras e iluminadas, obstaculizan la transición hacia medios de transporte más sostenibles. Además, la ausencia de campañas efectivas para promover hábitos responsables en el manejo de residuos y el cuidado ambiental perpetúa la acumulación de desechos en espacios naturales, afectando su conservación.

Para abordar los problemas ambientales en San Cristóbal Sur, es esencial implementar estrategias integrales que trasciendan el transporte sostenible. Iniciativas como el Parque Ecológico Entre Nubes y el Parque Metropolitano San Cristóbal representan oportunidades valiosas para promover la conciencia ambiental. Sin embargo, estos recursos naturales están subutilizados debido a la falta de actividades educativas constantes y de acciones comunitarias de limpieza y mantenimiento.

Las actividades pedagógicas, como talleres, charlas y caminatas ecológicas, deben estructurarse con un enfoque práctico que permita a los ciudadanos entender su impacto en el entorno. Por ejemplo, jornadas comunitarias de recolección de escombros pueden complementarse con talleres sobre disposición adecuada de residuos, reciclaje y compostaje. La implementación de huertas urbanas en espacios públicos contribuiría a reducir los residuos orgánicos, al tiempo que fomenta la autosuficiencia alimentaria y la interacción social.

Adicionalmente, es crucial desarrollar campañas que fortalezcan el uso de transporte sostenible. La instalación de ciclovías bien diseñadas y seguras, junto con incentivos para el uso de bicicletas, como beneficios fiscales o programas de préstamo gratuito, podría aumentar significativamente su adopción. Estas medidas deben ir acompañadas de políticas públicas que prioricen la seguridad, como el incremento de vigilancia en puntos críticos de la localidad.





Cambio climático y crisis hídrica

El cambio climático y la escasez de agua son problemáticas globales que afectan directamente a Bogotá y a San Cristóbal Sur. El Embalse de Chuza, principal fuente hídrica de la ciudad, ha sufrido reducciones significativas en su capacidad debido a la deforestación, el aumento de la demanda y fenómenos climáticos extremos. Estas situaciones exigen la implementación de medidas inmediatas, como campañas de ahorro de agua, sistemas de captación de agua lluvia y programas educativos para concientizar a la población sobre el uso responsable del recurso hídrico.

Además, los efectos del cambio climático, como las lluvias intensas y las altas temperaturas, subrayan la necesidad de proteger la biodiversidad y los servicios ecosistémicos locales. La reforestación de áreas degradadas y la restauración ecológica de espacios naturales pueden mitigar significativamente los impactos climáticos y fortalecer los ecosistemas locales.

Soluciones basadas en la educación ambiental y el compromiso comunitario

La educación ambiental debe ser la piedra angular para transformar la percepción y las acciones de los habitantes de San Cristóbal Sur hacia el medio ambiente. Es indispensable incluir contenidos relacionados con el cambio climático, la biodiversidad y la gestión sostenible de recursos en los programas educativos locales. Asimismo, actividades extracurriculares en colegios y comunidades, como proyectos de reciclaje o concursos de ideas para mejorar el entorno, pueden generar un cambio significativo en la mentalidad colectiva.

La participación comunitaria también desempeña un papel esencial. Formar brigadas vecinales para la limpieza de espacios públicos y la vigilancia ambiental puede fortalecer el sentido de pertenencia y la responsabilidad colectiva. Los gobiernos locales deben apoyar estas iniciativas mediante el suministro de recursos



logísticos y técnicos, así como la creación de programas de incentivos para las comunidades más activas en la conservación ambiental.

El medio ambiente en San Cristóbal Sur enfrenta desafíos complejos que exigen soluciones integrales. La inseguridad, la acumulación de escombros y la falta de cuidado de los espacios naturales reflejan una necesidad urgente de transformar la conciencia ambiental de sus habitantes. Sin embargo, a través de la educación, el compromiso comunitario y la implementación de políticas públicas coherentes, es posible revertir el deterioro ambiental. La promoción de actividades pedagógicas, la creación de infraestructura sostenible y el fortalecimiento de la participación ciudadana son pasos esenciales para construir un futuro más verde y sostenible en San Cristóbal Sur.





CUENT^o
PRIMER PUEST^o
CATEGORÍA ÚRSULA IGUARÁN

LOS MALOS PASOS



LUIS H. ESPINEL MAHECHA

Institución. **Colegio Instituto Técnico Rodrigo de Triana (IED)**
Localidad. **Kennedy**

Luis H. Espinel Mahecha nació Garagoa, Boyacá, es Maestro en Artes Escénicas, con Magister en Estudios Avanzados de Teatro y Postgrado en Docencia Universitaria, además, es actor, dramaturgo, director escénico e investigador. Ha creado programas académicos universitarios de Arte Dramático y Teatro Musical y participó en el equipo de Pruebas Ser 2017. Es integrante de La Reqa Teatro, colectivo interdisciplinar de artistas y maestros. Ha ganado festivales artísticos escolares con el grupo de teatro del colegio donde trabaja y fue nominado al Premio Compartir 2011. Participó en convocatorias en investigación e innovación educativa del IDEP en 2013 y 2021, recibiendo reconocimientos.



LOS MALOS PASOS

Al anochecer estaba sentenciada a dar mal paso a su marido. Por fortuna, ese día nadie notó que, con las prisas, rengueaba más que de costumbre; que su espontaneidad era forzada, obligada a salpicar cada plato servido con chanzas. Menos aún se dieron cuenta del remordimiento con el que acomodaba una molesta y dura carga, bien escondida al lado de su ancha cintura, bajo el delantal. El muñón la dejó en paz y la prótesis defectuosa no le molestó al andar. Sería fácil irse con sus malos pasos hasta donde esperaba escapar de sus desgracias. Resguardar a la más pequeña de sus hijas no admitía más demora. Con las dos mayores, el terror la dejó coja y paralizada; salvarlas fue imposible, y sus culpas necesitarían mil vidas de suplicio para sentirse perdonada.

Lo que le faltaba de pierna le sobraba en desparpajo y dignidad. Una derrota en ella parecía imposible; la malicia de su carcajada era la promesa cumplida de una sabrosa satisfacción, y sus almuerzos, sazonados con esmero, seducían a los comensales, que repetían sus manjares de alegría sin pagar un centavo de más. Hasta la puerta del garaje improvisado en restaurante, llevó el almuerzo a la rata de Rafa; encantada le aplastaría esa risita maliciosa de un manotazo, con la que el desgraciado multiplicaba sus contrariedades. Lamentó que la mesera se enfermara, obligándola a hacer, servir, y lo peor de todo, llevar hasta la mesa.

—¿Y el José? Me huye, el infeliz... Que me pague antes de que lo pierda todo en el juego; ando urgido, y usted tampoco me ha pagado la protección mensual de su negocio—. Su mano izquierda, dentro de la chaqueta, mostraba, como quien no quiere la cosa, ese revólver del que tantas y tristes noticias se popularizaron en canciones.



No lo miraba mientras inoculaba cizaña. —Usted sabe mejor. Yo, solo de insultos. Dicen que anda armándose—. Intentó huir, pero su mano fue aprisionada por la del hombre inquisidor. —¡Qué compra! ¿Un revólver? ¡Desgraciado! Me dicen que ni con la Mireyita lo ven. ¡Linda que se puso! ¿Será que también se irá donde “La Virgen”? Yo, gustoso, paso y me hago cliente. Así, al menos, con sus servicios podrían liberar la casita.

Un calambre en el muñón la obligó a retirar con rabia su mano adolorida, pero no pudo; en su rostro afloró la máscara real de sus miserias: y su mirada fue tan odiosa que la tenaza masculina, cargada de poderío, aflojó. Él esculcó en el bolsillo unos billetes y la humilló rozándole el rostro con ellos. Al verlo largarse con tanta agilidad, su andar la llenó de envidia. Respirar la rescató de la asfixia, y las estatuas de los comensales, sumidas en el silencio de su profunda impotencia, volvieron a la vida y a la dicha de los manjares. Turbada, se apoyó en la mesa, dobló su pierna sana y recogió el dinero; lo alzó triunfal, obligada por sí misma a retomar el brío tras el cual ocultaba tantas y desesperantes derrotas. —A caballo regalado... Con una estridente risotada, se fue con su mala propina hasta donde guardaba el dinero. Escondida de la vista ajena, mordió un gemido, arrugó los billetes y, con buena puntería, los lanzó dentro del cajón hambriento de plata.

Vendió sus últimos almuerzos y ordenó el mercado para el día siguiente como si fuera a volver, bien sabía que eso no iba a ocurrir. Inició su viacrucis con el anhelo de que la noche no la devorara sin cumplir. Ninguna de sus hijas volvería a llevar la comida a su marido; hoy era su turno, y el último. Cada paso por la treinta y ocho, abajo de la plaza de Abastos, carecía de resolución; se obligaba a seguir, aunque su torpeza era enemiga de sus afanes, agravados cuando la Mireya le contó que había amanecido sangrando.

—Le aviso sin que mi papá sepa. Así fue que me advirtió, ¿verdad?— Trastornada apenas pudo responderle, —mija, báñese y le enseño a usar las toallas que le alisté.





En su camino, el recuerdo de cuando sangró su primera hija. José temió preñarla, dejó de quererla y comenzó a maltratarla, hasta que a la muchacha no le quedó más opción que largarse. Fue reemplazada por la segunda; desde ese día, las atenciones y presentes fueron para Mireya, la flacucha. Volverse visible la condenó a convertirse en la apetecida y a acarrear la comida a diario hasta la bodega. Ahora los asquerosos “cariñitos” serían para la tercera. —¡No más! Gustosa lo pago en la cárcel o me muero, pero no más.

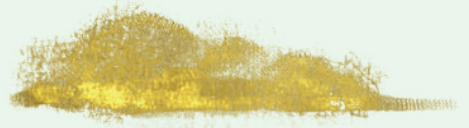
Cuando estuvo delante de la esquina de “La Virgen”, paso obligado, el encalambrado muñón la alertó. Bajo los pies de la serena figura, recostada en su pedestal en espera de clientela, se encontraba el primer agobio de sus penas. Su hija mayor lucía un vestido rojo que exhibía sus largas piernas y sus pronunciados escotes de generosas proporciones; un tatuaje descolorido de virgen protegía su espalda indefensa. Capas de verdes azulosos ocultaban sus desventuras nocturnas, su boca enrojecida incitaba al comercio con sus besos, y la joyería barata que soportaba cada oreja mantenía su cabeza como un cabestro. La coja encorvada no esperó a que el semáforo cambiara para abrazarla con ese amor insuficiente para protegerla. Tuvo que verla para creer en las hablaturías; la agobiaba la certeza de que allí estaba más segura que en casa.

—¿Ahora es usted la que va al sacrificadero a morirse a diario como nosotras? Ay, su merced querida. —Notó que le ocultaba el semblante—¿se encuentra bien? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasó? Mireya... ¡Le llegó! ¿Verdad? ¡Ay, madrecita!... ¿Y la niña chiquita?

—Mire la clase de mala madre que Dios le dio. Mija, no tengo perdón. Y mi niña pequeña... primero me hago difunta. ¡Ay! Algo haré para que ese bruto se detenga.

—Me la va a matar de nuevo... Cuando me defendió, mire cómo la dejó.





—¡Que me masacre de nuevo a varillazos! Gustosa pierdo mi otra pata. La vida...

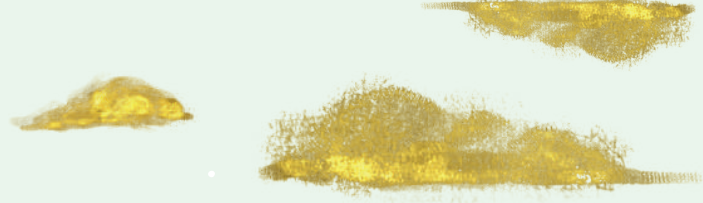
Se obligaron a contener las lágrimas; de nada servían. El bulto cargado se escurrió de la faja, le recordó la urgencia, lo acomodó. Maldijo la sombra viril que, salida de la nada, con señas retornó a su criaturita al negocio nocturno. —¡Hermosita de mi corazón, su casa la espera! Usted es la grande y... — ¿Para qué terminar su frase si no era oída por su hija? Engullida por las sombras encaró a la virgen. —Mi Mireya no vendrá aquí, se lo juro.

Estrujó el talego, luchó contra su equilibrio precario y se reprochó la soberbia de no ayudarse con muletas. En su marcha, y alcahueteados por las carencias del alumbrado público, se le atravesaron espectros de vendedores de drogas, dulces y tristezas, limosneros, asaltadores armados, colegas de su hija y cuantos malandros han parido esos parajes; husmearon sus tristezas. Ante su coraje, se apartaron para no estorbar sus intenciones. Sintió seguridad en ese callejón humano que la acompañó hasta la puerta de su infierno. Allí, en la bodega, se escondió tras una pared; oyó airados alegatos y su muñón rabió al enterarse de que su marido no estaba solo. Distinguió la voz de José de la de Rafa. El fracaso le hizo temblar la pierna sana y un eco ruidoso bramó en su cabeza.

—No me mate... ¿Revólver? ¿Mi mujer? ... ¿Con qué plata? ... ¿La Mireya?

—La casa... Págueme... La bodega... La mayor... Mireya... La chiquita.

Al oír sus nombres, no supo cuándo extrajo del limpión de cocina un revólver. Salió de su escondite y, desde detrás de su marido, disparó contra Rafa. En un instante, quedó junto al muerto, se agachó y se levantó con un revólver en cada mano. Apuntó a su aturdido marido, quien, apoyado en una gruesa varilla, le sonreía.



aliviado. Quiso decir algo, pero recibió la muerte con el arma de Rafa. La varilla azotó el suelo y su protesta la devolvió a la cordura.

Se dejó caer mientras gemía. ¡El cuerpo remordía, pero su muñón consolaba! Con el limpión, liberó un revólver de sus huellas y lo acomodó en la mano derecha de Rafa; pensó algo, negó con la cabeza y lo pasó a la izquierda. Limpió el otro revólver y, como pudo, se arrastró hasta su marido, lo hizo su dueño y, sin dudar, armó la mano derecha inerte. La varilla le facilitó levantarse. —Vea, José, que soy buena. ¡Sin querer lo libré de enemigos! — Castigó al muerto con la pata mala, le gustó y repitió. Respiró hondo y, con su nuevo bastón, huyó. —¡Ayuda! ¡Ay, mi maridito! ¡Socorro! — Tras sus malos pasos, ahora convertidos en una danza de esperanza, sus lamentos retumbaron en el sacrificadero con ecos de tristezas fingidas.



CUENT^o
SEGUND^o PUEST^o
CATEGORÍA ÚRSULA IGUARÁN

EL ÁRBOL



ORLAND^o MARÍN HERRERA

Institución. **Colegio Campestre Monte Verde (IED)**
Localidad. **Chapinero**

Orlando Marín Herrera es maestro de Lengua Castellana. Lidera el proyecto “Yo escribo, tú escribes” en el colegio donde trabaja, desde allí, ha editado distintos textos de los escritores de secundaria y, a su vez, ha participado en concursos literarios. Ha publicado cuentos y narraciones para niños y niñas.



EL ÁRBOL

Setenta años. ¡Eso era mucho! Él tenía sesenta. ¿Debía morirse entonces? Puedo talarlo y luego suicidarme, musitó. Entornó la cortina y caminó hasta el solar en el que cohabitaba con el viejo caucho sabanero, posó su mano en el tronco y sintió miedo del parecido que tenía su piel con el cascarón que tocaba las yemas de sus dedos. Me encanta ese silencio tuyo, tu majestuosa presencia, es como si me trajeras de lejos la época en que jugaba con Sandrita en tus ramas o bajo tu sombra.

A veces le daba por cavilar que no era nada normal ese vínculo que lo mantenía atado al viejo caucho sabanero, pero a veces, y la idea se disipaba no bien pasaba la mañana y al árbol le daba por ulular gracias al viento que rondaba la montaña. Entonces era genial observar sus hojas verde oscuro usurpándole un espacio al breve recinto de la huerta. Las ramas se contoneaban como coquetas y como esquivas a la vez sugiriendo viejos recuerdos, caricias, besos distantes.

—Ven a tomarte el tinto de las diez—, escuchó.

Sandra solía ocultarse tras las cortinas en el segundo piso. Desde allí lo contemplaba en silencio manteniendo una distancia prudencial, asuntos de una larga convivencia. Luego iba a la cocina, preparaba el tinto y al cabo de un minuto lo llamaba.

—Ven—, insistió. Esta vez abrió la ventana del todo. Observarlo posando su frente en el árbol la llenaba de una profunda zozobra.

—Ya voy, mujer—, dijo Umberto. Iba a renegar, levantó la cabeza, pero fue imposible, solo ver sus ojos lo doblegaba, así que solo musitó: —Déjame respirar.



Se habían entendido bien en términos de sexo, en términos de la crianza de los hijos y de los nietos, de las cuentas por cobrar y de los recibos que debían pagar cada uno cada mes. Ninguno, eso lo tenían claro, podía prescindir del otro, sobre todo Umberto, para quien la soledad era un sentimiento que no cabía ni en su memoria ni en su cuerpo. El único inconveniente en esa relación, le decía Sandra, era el tiempo. Y por eso, sin que lograran saber con qué metodología y en qué orden, terminaron cada uno en una cama distinta, luego, en una alcoba diferente.

—No es solo el tiempo, también el espacio—, precisó él.

Y sin que mediaran reglas explícitas o algún tipo de armisticio indecoroso, Sandra terminó viviendo en el segundo piso y él en el primero. Mejor, la artritis lo agobiaba y en ocasiones debía disimular, ella no le escucharía ningún gemido y menos aún sabría de los reiterativos dolores de pecho, cosas del corazón, cosas que pasan, nada de qué preocuparse.

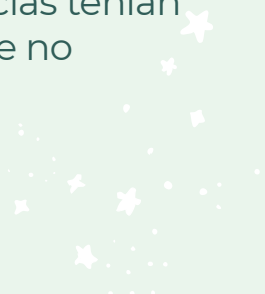
—Pero ya le llegó su hora—, dijo ella días antes, como por decir algo.

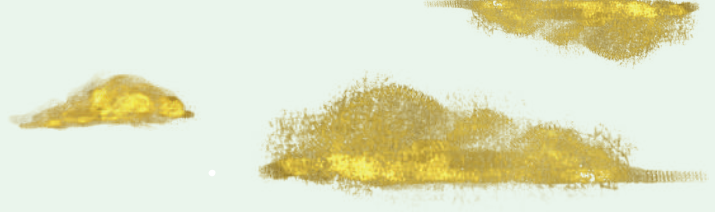
—¿Cuál hora?

—La hora de que cortes el árbol—, musitó Sandra para evitar progresivas controversias. —Si sientes nostalgia, siembra otro. No lo dejes agonizar.

—¡Vete al carajo!

Ella no dijo nada adicional. Deslizó la cortina, puso su mano derecha bajo el brazo izquierdo y dejó descansar su quijada en el cuenco de la otra mano. Por supuesto que no aceptaría, bajo ninguna circunstancia, que el caucho sabanero fuera talado, al contrario, lo adoraba en silencio, sus reiteradas sugerencias tenían un propósito: mantener vivo el ímpetu de su esposo, que no





sucumbiera, que no se rindiera jamás. Por eso insistió que él lo había prometido un mes antes.

—No lo recuerdo, debe ser la vejez—, aceptó él subiendo los hombros.

El diálogo, con sus respectivas variantes, ocurrió muchas veces, generó distintas discordias y horarios diferentes para la cena. Pronto la rabia se disipaba, Umberto regresaba a la huerta y permanecía allí varias horas en la mañana.

Antes de entrar en la casa fue hasta la barda y miró a la distancia. Mucha gente hablaba mal de Bogotá, pero contemplar los edificios, los árboles, sus humedales y sus ríos ocultos lo convencía de que era una ciudad fantástica cuyas hojas verdes iluminaban el paisaje con una grata sensación de alegría y esperanza. Allá, en ese exuberante misterio, subyacían tragedias, amores ocultos, crímenes sin resolver y dichas efímeras. Era su ciudad, como el caucho sabanero era su amigo. Era inquietante, en la distancia cabían múltiples universos y en el solar diversos matices, estaba el verde agua y el verde turquesa, el verde helecho y el verde musgo, y sin que se lo propusiera, resaltaba el insondable color negro de los ojos de Sandra. ¡Un completo enigma! Nunca la comprendería del todo. Respiró el aire que contenía un aroma a laurel, caminó hacia el interior de la casa, fue a la sala y se tomó el tinto.

—Ya tendí las camas—, dijo ella sin terminar de bajar las escaleras. —La tuya y la mía.

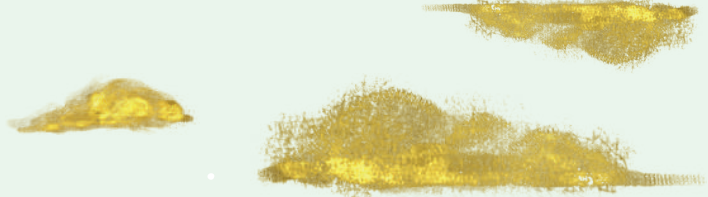
Él guardó silencio. Sabía las palabras que pronunciaría su esposa a continuación.

—¿Vas a arreglar el jardín?

Fue extraño, no dijo nada respecto al árbol. Muy extraño.

—Lo haré el fin de semana, el domingo quizá.



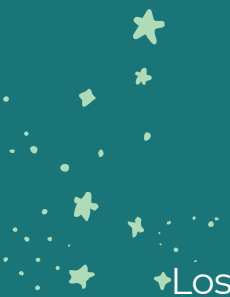


El viernes en la tarde la miró como si quisiera compartir las onces, la cena, incluso, por qué no, la cama en la noche, al menos un rato. Era el fin de semana, quería una noche cultural. Sin embargo, ella no propuso nada interesante, así que Umberto se acostó a solas. No hizo caso a sus malestares, ni a los sueños, pero sí a ese desánimo que a veces lo gobernaba, y se preguntó quién moriría primero.

En la mañana ya lo había decidido, en alguna zona de su memoria latía la única razón de su existencia, esos ojos hermosos que nunca habían dejado de brillar. Así que, aún indispuerto como estaba revisó la hoja dentada del serrucho, examinó el filo del hacha, preparó un frasco de agua y un casco y, como estaba lloviendo, se calzó las botas de caucho. No quería darle importancia, pero la lluvia era intensa, así que dejó las herramientas bajo la cama y postergó todo para el día siguiente. No escuchaba nada. Con toda certeza, Sandra estaría pendiente.

El domingo aguardó a que ella saliera a misa de siete, seguro de que concluiría su tarea pendiente a solas y sin juicios paupérrimos, pero apenas abrió la puerta que conducía al solar supo que ya definitivamente jamás lo haría. Primero vio la escalera apoyada en el árbol, luego a la mujer trepada en el caucho sabanero, después la limpia y profunda mirada de sus ojos negros. Ella guardó silencio, dejó que él se acercara y enseguida, con el dedo índice levantado, sentenció: —Nunca cortarás nuestro árbol.





ACTA DE GANADORES

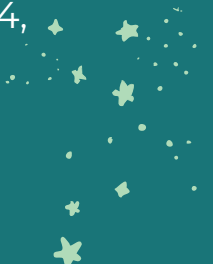
Los jurados de la decimó novena versión del Concurso Leer y Escribir: La Fantástica Ciudad de Hojas Verde, se reunieron de manera virtual el treinta (30) de diciembre de 2024. Después de realizar de manera independiente la evaluación y retroalimentación pedagógica de los textos allegados en las diferentes tipologías y categorías del Concurso, los jurados asignados a cada una de ellas adelantaron jornadas de deliberación en las que definieron los veinte (20) ganadores de primer y segundo puesto.

En el espacio de deliberación y elección de ganadores, los jurados refirieron sus percepciones sobre los textos elegidos teniendo como referente los ítems propuestos en las rúbricas de valoración de cada tipología del certamen y expresaron sus argumentos sobre la calidad de los textos seleccionados. Después de una deliberación dialogada, activa y razonada, seleccionaron nueve (9) estudiantes ganadores del primer puesto y nueve (9) estudiantes ganadores del segundo puesto; dos por cada tipología y categoría de la presente convocatoria.

De igual manera, eligieron un (1) docente ganador de primer puesto y uno (1) de segundo puesto en la tipología cuento, categoría Úrsula Iguarán.

Los ganadores en cada una de las tipologías y categorías del Concurso Leer y Escribir se hacen merecedores a los incentivos y reconocimientos, establecidos para cada lugar, que les otorga el Concejo de Bogotá y la Secretaría de Educación del Distrito. Además, los textos seleccionados se publican en esta antología de textos reconocidos por el certamen.

En constancia de lo referido, los jurados del Concurso Leer y Escribir suscriben la presente acta, el 30 de diciembre de 2024, fecha en la que se adelanta la sesión de deliberación.





www.educacionbogota.edu.co

Secretaría de Educación del Distrito

Avenida El Dorado No. 66-63

Teléfono (601) 324 10 00

Bogotá D.C. - Colombia

 @Educacionbogota  @Educacionbogota  @educacion_bogota  Educacionbogota

 Una
educación
que te responde



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN


BOGOTÁ